

ORIGEN Y GESTA DE LOS GODOS

JORDANES¹

Selección: Rubén BEVILACQUA

Universidad Nacional del Sur

CAPÍTULO PRIMERO - Descripción general de la Tierra

9. Este mismo Océano inmenso acoge igualmente en su parte ártica, es decir, septentrional, una gran isla cuyo nombre es Escandia, a partir de la cual comenzaremos nuestro relato con la ayuda del Señor, ya que el pueblo, cuyo origen tan insistentemente me preguntas, llegó al continente europeo después de salir del corazón de esta isla como un enjambre de abejas (p. 63).

CAPITULO III - Descripción de la isla de Escandia

21. Por lo demás, están allí también los pueblos escrerefenos, que no toman cereales como alimento, sino que se mantienen con la carne de las fieras y con huevos de las aves. 22. (...). Luego están los ahelmil, los finaitas, los fervir, los gautigodos, raza de hombres fieros y dispuestos siempre a combatir; después vienen los ostrogodos, mezclados también con los greotingos. (...). 24. Por lo demás, hay que situar también en esta zona a los granios, auganzos, eunixos y telas, rugos, arotos y ranios, que tuvieron como rey a Rodulfo o hace muchos años, quien, despreciando su propio reino, marchó al lado de Teodorico, rey de los godos, y encontró que lo echaba de menos. Así pues, estos pueblos, superiores a los germanos en fuerza y valor, combatían con una fiereza propia de bestias salvajes (pp. 66-70).

CAPITULO IV - Salida de los godos de Escandia y asentamiento en Escitia

25. Se cuenta que en otro tiempo los godos salieron con su rey, llamado Berig, de esta isla de Escandia, a la que se puede considerar una fábrica de razas o un vivero de pueblos. Tan pronto como desembarcaron de sus naves y tocaron tierra dieron su nombre al territorio que hoy, según se dice, se llama Gotiscandia. 26. (...). Pero como su población aumentó

¹ Edición y Traducción de José María Sánchez Martín, Madrid, Cátedra, 2001.

notablemente, después de que aproximadamente cinco reyes hubieran sucedido a Berig, Filimer, hijo de Gadarico, nada más comenzar a reinar, decidió salir de allí al frente del ejército de los godos al que acompañaban sus familias. 27. Mientras buscaba territorios y lugares convenientes y apropiados para establecerse, llegó a las tierras de Escitia, que en su lengua se llamaban “Oium” (...). Pero se cuenta que el puente por el que cruzaban un río se derrumbó cuando tan sólo la mitad del ejército lo había atravesado y no hubo manera de repararlo, de modo que ni los unos pudieron volver atrás ni los otros continuar adelante, pues este lugar, por lo que se cuenta, está cerrado por un abismo rodeado de pantanos con arenas movedizas y al que la Naturaleza ha convertido en un lugar inaccesible por la mezcla de estos elementos (...). Así que la parte de los godos que se cuenta que llegó junto a Filimer a las tierras de “Oium” después de atravesar el río tomó posesión del suelo deseado. 28. (...) Desde allí, ya como vencedores, se dirigen rápidamente hacia los últimos territorios de Escitia, limítrofes con el mar del Ponto. Así se narra comúnmente en sus más antiguos poemas, escritos a modo de historia; así lo atestigua también Ablavio, que describe admirablemente al pueblo godo en su verídica *Historia*, y algunos otros escritores antiguos se muestran también partidarios de esta opinión. 29. Ignoro por qué Josefo, autor de anales muy digno de crédito, cuando siempre es fiel a la verdad e investiga las últimas causas de los hechos que narra, ha omitido lo que yo he contado sobre los orígenes remotos de la nación goda; tan sólo menciona a este pueblo desde que se asentó en este lugar y asegura que esta denominación de escitas se refiere tanto a su nombre como a su raza (pp. 71-73).

CAPITULO V - Descripción de Escitia y de sus pueblos

39. Así que, para volver al tema que nos ocupa, estos pueblos de los que estamos hablando, tenían, como sabemos, a Filimer como rey cuando habitaban en su primer asentamiento de Escitia junto a la zona pantanosa de la Meótida; en segundo lugar, es decir, en el territorio de Dacia, Tracia y Mesia, tuvieron a Zalmoxes, de quien atestiguan la mayor parte de los escritores de anales, que fue un hombre de una admirable cultura filosófica. Tuvieron, pues, primero a Zeutas, también muy ilustrado, y luego a Deceneo, y en tercer lugar a Zalmoxes, como hemos dicho anteriormente. Y no les faltaron quienes les transmitieran la sabiduría. 40. De ahí que los godos fueran siempre más sabios que todos los restantes bárbaros y casi semejantes a los griegos, como cuenta Dión, que compuso en griego sus *Historias* y *Anales*. (...) 41. Hasta tal punto fueron alabados los getas, que dicen que nació entre ellos en tiempos remotos Marte, al que la falsedad de los poetas proclama dios de la guerra, y así dice Virgilio: *El padre gradivo que gobierna los campos géticos*. Los godos aplacaron siempre a Marte con un culto cruelísimo, pues le sacrificaban como víctimas a sus prisioneros, pensando que el

modo más indicado de aplacar al dios de la guerra era con el derramamiento de sangre humana. A éste le ofrecían las primicias de sus botines, en su honor colgaban de los troncos de los árboles los despojos, y tenían más arraigado su culto que el de las restantes divinidades, ya que les parecía que su devoción por este dios era la que se debía tributar a un padre. 42. En su tercer asentamiento, por encima del mar del Ponto, se hicieron más civilizados y, como dijimos anteriormente, más sabios, dividiendo a sus pueblos en familias: los visigodos obedecían a la familia de los Baltos, los ostrogodos a los de los nobles Amalos. 43. De todos los pueblos vecinos fueron los primeros que se aficionaron a tensar las cuerdas del arco, como lo atestigua Lucano, más historiador que poeta: *Tensad los arcos armenios con las cuerdas géticas*. También desde tiempos remotos cantaban las hazañas de sus antepasados con cánticos, melodías y acompañamiento de cítara, los de Eterpamara, Hanala, Fritigerno, Vidigoya y de otros que gozan de mucha reputación para este pueblo, y cuya talla apenas tuvieron los héroes que la Antigüedad considera dignos de admiración (pp. 78-81).

CAPITULO VI - Los godos se enfrentan al rey de Egipto y conquistan Asia

47. Mientras residían aquí los godos y tenían por rey a Tanausis, les declaró la guerra Vesosis, rey de los egipcios. En un combate junto al río Fasis (...), Tanuasis, el rey de los godos, se enfrentó al egipcio Vesosis y después de infligirle una sonora derrota, lo persiguió hasta Egipto. (...). Pero como no había sido capaz de derrotarlo una vez que se atrincheró allí, conquistó casi toda Asia a su vuelta e incluso convirtió en súbdito a su, por entonces, querido amigo Sorno, rey de los medos, para hacerle pagar tributo. 48. Entonces, algunos de los victoriosos miembros de su ejército, viendo las provincias sometidas y rebosantes de fertilidad, desertaron del bando de los suyos y se establecieron voluntariamente en estas regiones de Asia. Pompeyo Trogo afirma que es de éstos de quienes procede el nombre y el origen de la raza de los partos. De ahí que incluso hoy día se los llame “partos”, que en lengua escita significa “fugitivos”. Y como corresponde a su linaje, son casi los únicos entre todos los pueblos de Asia expertos en el manejo del arco, amén de bravísimos guerreros (pp. 82-83).

CAPITULO VII - Guerras de las Amazonas y descripción del Cáucaso

49. Tras la muerte de Tanausis, cuando su ejército, mandado ya por su sucesor, estaba haciendo una expedición por otras regiones, las mujeres de los godos fueron atacadas por un pueblo vecino con intención de apresarlas. Estas, adiestradas por sus maridos, se defendieron valientemente y rechazaron a los enemigos que vergonzosamente se lanzaban sobre ellas. Una vez lograda esta victoria y aumentada la confianza en su propia audacia, se

animaron unas a otras a tomar las armas y, después de elegir a las dos más audaces, Lampeto y Marpesia, se pusieron a sus órdenes. 51. Salieron de allí y, atravesando el río Halis, que discurre junto a la ciudad de Gangra, sometieron con idéntica fortuna Armenia, Siria, Cilicia, Galacia, Pisidia y todos los lugares de Asia. Volviéndose a Jonia y Eolia las convirtieron en provincias sometidas a su dominio durante mucho tiempo e incluso fundaron campamentos militares y una ciudad a la que dieron su nombre. Fundaron también en Efeso un templo de gran belleza y con muchas riquezas dedicado a Diana, dada su gran afición al tiro con arco y a la caza, actividades a las que ellas mismas se habían entregado. 52. Así pues, unas mujeres nacidas en Escitia, que se habían apoderado por casualidad de los reinos de Asia, los conservaron durante casi cien años y finalmente volvieron a sus propios dominios, (...), en el monte Cáucaso (pp. 84-85).

CAPÍTULO IX - El rey Télefo

58. (...). El historiador Dión, escrupulosísimo investigador de antigüedades, que dio a su obra el título de *Géticas* (ya hemos demostrado más arriba, basándonos en el testimonio de Paulo Orosio que estos getas son los godos), este Dión recuerda que mucho tiempo después tuvieron un rey llamado Télefo. Y que nadie diga que este nombre es totalmente extraño a la lengua gótica, pues ningún entendido desconoce que los pueblos adoptan como suyos la mayor parte de los nombre que utilizan; así los romanos los tomaron prestados de los macedonios, los griegos de los romanos, los sármatas de los germanos y los godos frecuentemente de los hunos. 59. Así pues, este Télefo, hijo de Hércules nacido de Auge, se unió en matrimonio con una hermana de Príamo. Era en verdad de elevada estatura, pero lo que más terrible lo hacía era su fuerza, ya que además de igualar con sus propias cualidades la valentía de su padre, se asemejaba a Hércules en sus rasgos físicos. Fue su reino el que nuestros antepasados llamaron Mesia. (...). 60. Así pues, el susodicho rey guerreó contra los dánaos, mató al caudillo griego Tesandro en combate y, mientras atacaba con saña a Ajax y perseguía a Ulises, cayó al suelo al tropezar su caballo con unas viñas, fue herido en un muslo por la lanza de Aquiles y no pudo curarse en mucho tiempo. Sin embargo, todavía herido, expulsó a los griegos de su territorio. Al fallecer Télefo lo sucedió como rey su hijo Euripilo, al que había tenido con una hermana de Príamo, rey de los frigios. Este, deseando participar en la guerra de Troya por amor a Casandra para prestar auxilio a sus padres y a su suegro, pereció nada más llegar (pp. 90-91).

CAPITULO X - Guerras de los godos contra los persas y los griegos

61. Entonces Ciro, rey de los persas, después de un largo período de tiempo —unos seiscientos treinta años según testimonio de Pompeyo Trogo— emprendió una guerra contra Tómiris, reina de los getas, que le resultaría funesta. Ensoberbecido por sus victorias de Asia, trata de someter a los getas, que, como hemos dicho, tenían como reina a Tómiris. Ésta, aunque hubiera podido impedirle el paso del Araxes, le permitió atravesarlo, prefiriendo vencerlo por las armas a beneficiarse de la situación geográfica para alejarlo. Y así sucedió:

62. A la llegada de Ciro la fortuna fue primeramente favorable a los partos, y tanto que aniquilaron al hijo de Tómiris y a la mayor parte de su ejército. Pero en un segundo enfrentamiento los getas, con su reina a la cabeza, vencen a los partos y les infligen una sonada derrota, obteniendo de ellos un rico (...).

62. Más tarde Darío, rey de los persas, hijo de Histapis, pidió en matrimonio a la hija de Antiro, rey de los godos, y al mismo tiempo que hacía esta petición los amenazaba si no cumplían su voluntad. Los godos frustraron las esperanzas de su embajada al despreciar su alianza. Inflamado de rabia al verse rechazado, Darío envió contra ellos un ejército de setecientos mil soldados, tratando de vengar su vergüenza personal con una calamidad pública. Se dirigió a Tracia y Mesia a través de una larga hilera de barcas unidas cerca de Calcedonia hasta Bizancio. (...) Y temiendo que el puente del Danubio fuera ocupado por sus enemigos, se retiró en una huida precipitada a Tracia, pues creía que el territorio de Mesia no sería nada seguro para él si se demoraba lo más mínimo.

64. Después de su muerte de nuevo su hijo Jerjes, creyendo que vengaba las afrentas a su padre, marchó a la guerra contra los godos con setecientos mil soldados y trescientos mil auxiliares, mil doscientos barcos de guerra y tres mil de carga. Pero, a pesar de intentarlo, no consiguió vencer en el combate, doblegado por el coraje y la constancia de los godos. Así, hubo de regresar con sus fuerzas tal y como había llegado, sin ganar ningún combate.

65. También Filipo, el padre de Alejandro Magno, hizo amistad con los godos y tomó como esposa a Medopa, la hija del rey Gotila, para que, robustecido con esta alianza pudiera consolidar sus reinos de Macedonia. (...)

66. Mucho tiempo después (...), el famoso caudillo godo Sitalco, tras reunir ciento cincuenta mil hombres, declaró la guerra a los atenienses y se enfrentó a Pérdicas, rey de Macedonia, al que había dejado como sucesor por derecho hereditario Alejandro en el imperio ateniense, después de morir cerca de Babilonia al beber el veneno que le ofreció un criado traidor. Entablaron violento combate y los godos se revelaron superiores, de suerte que (...) atravesaron Grecia y devastaron toda Macedonia (pp. 92-95).

CAPÍTULO XIII - Los godos vencen a los romanos

76. Después de un largo período de tiempo, siendo emperador Domiciano y temiendo la avaricia de éste, los godos rompieron el pacto que habían hecho largo tiempo atrás con otros emperadores y asolaron la ribera del Danubio que había estado en poder del Imperio romano desde hacía tiempo, después de aniquilar a sus tropas y a los jefes de éstas. Estaba entonces al mando de esta provincia Opio Sabino, sucesor de Agripa. Por su parte Darpaneio era el rey de los godos cuando estalló el conflicto, y los godos vencieron a los romanos, cortaron la cabeza a Opio Sabino e invadieron muchas fortalezas y ciudades, tomando públicamente como botín muchas posesiones del mismo emperador. 77. Domiciano, acuciado por la necesidad de los suyos, se apresura a ir al Ilírico con todas sus fuerzas y, tras conceder a Fusco el poder supremo sobre casi todos los soldados del Imperio, comienza a atravesar el Danubio por un puente hecho de barcas con sus hombres más selectos para atacar al ejército de Darpaneio. 78. Entonces los godos, que no se encontraron desprevenidos, toman las armas; pronto vencen a los romanos en el primer enfrentamiento en el que pereció su jefe Fusco y saquean las riquezas de su campamento. Tras obtener esta gran victoria y apoderarse de estas tierras, tomaron a sus jefes, que parecían vencer por designio de la fortuna, no simples hombres, sino semidioses, esto es, "Anses". Voy a recorrer ahora brevemente su genealogía, es decir, de qué padre nació cada uno y qué origen tuvo cada familia y cómo terminó (pp. 101-102).

CAPITULO XIV - Genealogía de los Amalos: ostrogodos y visigodos

79. El primero de estos héroes, como ellos mismos lo cuentan en sus leyendas, fue Gapt, que engendró a Humal; Humal por su parte engendró a Augis; Augis engendró al que fue llamado Amal, del que toman su origen los Amalos. Este Amal engendró a Hisarnis; Hisarnis engendró a Ostrogoda; Ostrogoda, por su parte engendró a Hunuil; Hunuil a Atal; Atal engendró a Aquivulfo y a Odulfo; Aquivulfo engendró a Ansila, Edivulfo, Vultulfo y Hermenerico; Vultulfo engendró a Valaravante; Valaravante por su parte engendró a Vinitario; Vinitario también engendró a Vandalario. 80. Vandalario engendró a Teodomiro, Valamiro y Vidimiro; Teodomiro engendró a Teodorico; Teodorico engendró a Amalasunta; Amalasunta engendró a Atalarico y Matesuenta de su marido Eutarico. 81. Así se unió a ella un miembro de esta familia, pues el arriba mencionado Hermanarico, hijo de Aquivulfo, engendró a Hunimundo; Hunimundo por su parte engendró a Turismundo; Turismundo engendró a Berimundo; Berimundo engendró a Viterico; Viterico engendró igualmente a Eutarico, que al unirse con Amalasunta engendró a Atalarico y Matesuenta. Al morir de niño Atalarico, Matesuenta fue

unida a Vitigis, pero no tuvo de ella ningún hijo y ambos fueron llevados juntos por Belisario a Constantinopla. Cuando Vitigis abandonó el mundo de los humanos, el patricio Germano, primo del emperador Justiniano, la tomó por esposa y la nombró patricia ordinaria. Tuvo con ella un hijo que llamó también Germano, pero al morir Germano decidió permanecer viuda (...). 82. (...) El historiador Ablavio cuenta, en efecto, que cuando residían en Escitia, en las riberas del Ponto, como hemos dicho, una parte de ellos, que ocupaban la región oriental y al frente de los cuales estaba Ostrogoda, fueron llamados ostrogodos, es decir “del este”, no se sabe bien si por el nombre de su rey o por el emplazamiento geográfico; los restantes, por su parte, fueron denominados visigodos, es decir, de la región del oeste (pp. 103-104).

CAPÍTULO XVI - Los godos pasan de aliados a enemigos de Roma

89. Este pueblo alcanzó, en efecto, un renombre asombroso en las regiones en las que habitaba, es decir, en la costa del Ponto y en el territorio de Escitia, por ser dueño de una extensión tan grande de tierras, de tantas zonas marítimas y de tantos cauces fluviales; (...). También durante el reinado del mencionado Filipo, que fue el único emperador cristiano junto con su hijo Filipo antes de Constantino, cuando en el segundo año de su reinado Roma cumplió su primer milenio, los godos, muy descontentos, como es normal, porque no se les pagaban las contribuciones acordadas, pasaron de ser amigos a convertirse en enemigos. Pues, aunque vivieran apartados y gobernados por sus propios reyes, sin embargo, eran federados del Estado romano y recibían compensaciones anuales. 90. ¿Y qué sucedió entonces? Ostrogoda atravesó con los suyos el Danubio y devastó Mesia y Tracia. Para combatirlo es enviado por Filipo el senador Decio. Cuando llegó éste y vio que no conseguía reducir a los getas, optó por licenciar a sus propios soldados y dejarlos volver a sus tareas privadas, como si hubiera sido por causas de su negligencia por lo que los godos habían atravesado el Danubio y, después de haber llevado a cabo lo que él consideraba una venganza contra los suyos, volvió junto a Filipo. Pero sus soldados, viéndose expulsados del ejército después de tantos sudores, se aprestaron a pedir amparo a Ostrogoda, el rey de los godos. 91. Éste, tras recibirlos y emocionarse con lo que le contaron, condujo inmediatamente a la guerra a treinta mil hombres armados, a los que se sumaron también los taifalos y algunos asdingos, por no hablar de los tres mil carpos, una raza de hombres siempre dispuestos a luchar y que muy a menudo fueron hostiles a los romanos. Sin embargo, más tarde, durante los reinados de Diocleciano y de Maximiano, el César Galerio Maximiano logró derrotarlos y someterlos al Imperio romano. Así pues, sumó a éstos a los godos y peucinos (...) y nombró jefes a Argaito y Gunterico, los más nobles de su pueblo (pp. 108-110).

CAPÍTULO XVII - Guerra contra los gépidas

94. Así pues, como decíamos, después de un largo asedio y enriquecidos por la recompensa que habían recibido, los getas se retiraron a sus tierras. El pueblo gépida, viendo que el godo vencía por doquier y que se enriquecían tan rápidamente con los botines, movido por la envidia, declaró la guerra a sus parientes. Si te preguntas cómo es que los getas y los gépidas son parientes, te lo contaré en pocas palabras. Debes recordar que dije al comienzo que los godos habían salido del interior de la isla de Escandia con su rey Berig a la cabeza, transportados sólo en tres barcos hasta la costa del océano citerior, es decir, a Gotiscandia. Al llegar una de estas tres naves, que, como suele suceder, navegaba más despacio que las otras, se dice que dio nombre a este pueblo, pues en su lengua “perezosa” se dice “gepanta”. 95. De ahí que poco a poco, por deformación de este nombre, de ese reproche surgiera el nombre de “gepidas”. Pues éstos tienen también su origen, sin duda alguna, en la raza de los godos. Pero, puesto que, como he dicho, “gepanta” designa algo perezoso y lento, este nombre de los gépidas nació gratuitamente de un reproche, aunque creo que se ajusta totalmente a la realidad, porque son cortos de inteligencia y pesados en lo que se refiere a la agilidad de sus cuerpos. 97. De modo que, como decíamos, Fastida, el rey de los gépidas, soliviantando a su pacífico pueblo, ensanchó sus fronteras por las armas, pues destruyó a los burgundios casi hasta el exterminio y sometió a algunos otros pueblos. Al provocar también con malicia a los godos, fue el primero en violar los vínculos de sangre con un conflicto desacertado, engreído de una jactancia totalmente arrogante, pues a la par que iba añadiendo nuevas tierras a un pueblo que se hacía más grande, hacía disminuir el número de los habitantes de su patria. 98. De modo que envió emisarios a Ostrogoda, a cuya autoridad estaban todavía sometidos tantos los ostrogodos como los visigodos, es decir los dos pueblos de la misma raza, quejándose de que se hallaba constreñido por montañas abruptas y espesos bosques y pidiéndole que, una de dos, o le declaraba la guerra o le concedía algunos territorios de los suyos. 99. Entonces Ostrogoda, el rey de los godos, que tenía un espíritu firme, respondió a sus embajadores que una guerra así le horrorizaba, que sería duro e incluso criminal levantar las armas contra sus allegados, pero que no les cedía sus territorios. ¿Y qué pasó entonces? Los gépidas se apresuran a tomar las armas y Ostrogoda dirige también su ejército contra ellos para no dar la sensación de que era inferior en fuerzas. Se encuentran cerca de la ciudad de Galtis, junto a la que discurre el río Auha, y allí ambos bandos lucharon con arrojo, puesto que los dos utilizaban armas y estrategias de combate similares. Pero la vivacidad de ingenio y la mayor justicia de su causa ayudó a los godos. Finalmente la noche puso fin a la batalla, y el bando gépida se rindió. 100. Entonces, Fastida, el rey de los gépidas, se apresuró a regresar a su patria, dejando abandonados los cadáveres de los suyos, humillado por un

vergonzoso oprobio al igual que antes había estado ensoberbecido por el orgullo (pp. 111-113).

CAPITULO XVIII - El rey Cniva y la guerra con Decio

101. Después de su muerte, Cniva dividió el ejército en dos partes y envió a algunos a devastar Mesia, porque sabía que estaba desprovista de defensas debido a la incuria de sus gobernantes. Él, por su parte, subió hasta Oescia con setenta mil hombres y luego a Novas, donde fue rechazado por el general Galo; se aproximó a Nicópolis (...). Cuando el emperador Decio se dirigía allí, Cniva se retiró finalmente a la región del Hemo, que no estaba muy lejos, y desde allí se dirigió sin demora a Filipópolis después de reorganizar sus efectivos. 102. Al conocer el emperador Decio su partida, como deseaba ardientemente prestar ayuda a esta ciudad, atravesó las cumbres del monte Hemo y llegó a Beroea. Cuando hacía un descanso allí para que sus caballos y sus tropas recuperaran fuerzas, cayó sobre él fulminante como un rayo Cniva con los godos. Después de destrozar a las huestes romanas, persiguió al emperador y a los pocos que habían logrado huir con él hasta Oescia y, de nuevo hasta Mesia, al otro lado de las montañas, donde residía Galo, que dominaba la frontera con un numeroso contingente de soldados. Allí reorganiza su ejército uniéndose al de Oescia y se prepara para reanudar las hostilidades. 103. Cniva logra invadir Filipópolis después de un largo asedio y, después de apoderarse de un cuantioso botín, se alía con su jefe Prisco para combatir contra Decio. Entran de nuevo en batalla y consiguen herir mortalmente al hijo de Decio al alcanzarlo con una flecha. Cuando se entera su padre se cuenta que dijo, aunque sólo fuera para levantar el ánimo de sus soldados: “¡Qué nadie se entristezca!; la pérdida de un soldado no significa la destrucción del Imperio.” Sin embargo, no pudiendo resistir su dolor de padre, se lanzó contra los enemigos y exigió su muerte o la venganza de su hijo. Llegó así a Abrito, ciudad de Mesia y, rodeado allí por los godos, perece en el combate poniendo fin a su vida y su imperio. Este lugar se llama hoy día “Altar de Decio”, porque fue allí donde hizo desesperados sacrificios a sus ídolos antes de entrar en batalla (pp. 114-115).

CAPÍTULO XX - Los godos arrasan Asia Menor y Tracia

107. (...), Respa, Véduco y Turuaro, caudillos de los godos, tomaron sus barcos y se dirigieron a Asia a través del estrecho del Helesponto. Allí devastaron muchas ciudades de esta provincia e incendiaron el famosísimo templo de Diana en Efeso, que, como ya habíamos dicho, habían erigido tiempo atrás las Amazonas. Desde allí atacaron la región de Bitinia y destruyeron Calcedonia, que años más tarde sería reconstruida por Cornelio Avito. (...) 108.

Así, los godos volvieron a atravesar el Helesponto con la misma fortuna con la que habían entrado en estas regiones de Asia, después de apoderarse de los despojos y botines de guerra, devastando a su paso Troya e Ilión, que apenas se habían repuesto un poco de la guerra contra Agamenón y que de nuevo fueron destruidas por una espada enemiga (pp. 118-119).

CAPITULO XXI – Los godos ayudan a los romanos en su guerra contra los partos

110. Desde allí regresaron a sus propias tierras y más tarde el emperador Maximiano les rogó que entraran a su servicio para ayudarlo en su guerra contra los partos en la que combatieron como tropas auxiliares haciendo gala de una gran lealtad. Pero una vez que, probablemente gracias a su apoyo, el César Maximiano hizo huir a Narsés, el rey de los persas, nieto de Sapor el Grande, y se apoderó de todas sus riquezas junto con sus mujeres e hijos, después de que Diocleciano venciera a Aquileo en Alejandría y de que Maximiano Hercúleo aniquilase en África a los quinquengencianos, trayendo la paz al Imperio, entonces comenzaron a dejar de lado a los godos. 111. Pues sin ellos el ejército romano tuvo durante mucho tiempo grandes dificultades para enfrentarse a cualquier pueblo y fueron numerosas las ocasiones en las que se vio cómo recurría a ellos. Así, por ejemplo, en el reinado de Constantino se los llamó y tomaron las armas contra su pariente Licinio. Después de vencerlo y encerrarlo en Tesalónica, privado del poder por las victorias de Constantino, lo degollaron con su espada. 112. También intervinieron los godos con su apoyo en la fundación de la famosísima ciudad, rival de Roma, que lleva su nombre, sellando un pacto con el emperador y ofreciéndole cuarenta mil de los suyos para ayudarlo en sus enfrentamientos con diversos pueblos. Este contingente ha permanecido hasta nuestros días invariable en número, y recibe el nombre de “federados”. Gozaban a la sazón los godos de la gran prosperidad de su reino a las órdenes de sus reyes Ariarico y Aorico, a cuya muerte los sucedió en el reino Geberico, insigne por su valor y nobleza (pp. 120-121).

CAPITULO XXII - Geberico vence a los vándalos

113. Este Geberico, que tuvo por padre a Hilderico, por abuelo a Ovida y por bisabuelo a Nidada, igualó con sus brillantes hazañas la gloria de su estirpe. Desde el inicio de su reinado deseaba expandirse hacia el territorio de los vándalos, en contra de su rey Visimar, que procedía del linaje de los asdingos (...). Por aquel tiempo residían en la zona en la que ahora se asientan los gépidas, en las riberas de los ríos Marisia, Miliare y Gilpil, y también en las de Grisia, que es mayor que todos los anteriores. 114. tenían entonces como vecinos por el este

a los godos, por el oeste a los marcomanos, por el norte a los hermúndulos y por el sur al río Íster, llamado también Danubio. Así pues, mientras los vándalos residían aquí, les fue declarada la guerra por parte de Geberico, rey de los godos. Se enfrentaron a orillas del mencionado río Marisia y el combate estuvo muy igualado durante algún tiempo, pero pronto cayó abatido el propio rey Visimar con gran parte de su pueblo. 115. Por su parte, Geberico, el glorioso caudillo de los godos, tras vencer y saquear a los vándalos, regresó a sus propias tierras, de las que había salido. Entonces unos pocos vándalos que habían podido escapar con vida reunieron a un grupo de civiles incapaces de luchar y, después de abandonar su desdichada patria, pidieron al emperador Constantino que les permitiera vivir en Panonia, donde se asentaron durante unos sesenta años y se sometieron a los decretos del emperador como súbditos. Mucho tiempo después, llamados por Estilicón, jefe del ejército, ex cónsul y patricio, ocuparon las Galias, donde se dedicaron a la rapiña de sus vecinos sin establecerse en un sitio fijo (pp. 122-123).

CAPITULO XXIII - Hermanarico vence a los hérulos, los vénetos y los estos

116. Pues una vez que el rey godo Geberico abandonó los asuntos de este mundo, lo sucedió en el trono al poco tiempo Hermanarico, el más noble de la familia de los Amalos, que subyugó a muchos y belicosos pueblos nórdicos y los obligó a someterse a sus leyes. Algunos de nuestros antepasados lo compraran con razón con Alejandro Magno. Entre los pueblos a los que sometió se encontraban los goltescitas, tiudos, aunix, vasinabrocas, mordenos, inmascaros, roganos, tazanos, ataulos, navegos, bubegenas y coldas. 117. Pero, aunque se había hecho famoso por subyugar a tan grandes pueblos, no pudo pasarse sin someter a su mando al pueblo de los hérulos, que estaban dirigidos por Alarico, después de haber acabado con una gran parte de ellos. Pues el pueblo al que nos referimos, por lo que cuenta el historiador Ablavio, vivía junto a la laguna Meótida, en la zona pantanosa que los griegos denominan “Hele” y por este motivo eran llamados “héluros”. Era un pueblo enormemente veloz, y por ello extremadamente orgulloso. 118. (...). Pero aunque su velocidad no pudo ser superada en otras muchas ocasiones por sus contrincantes, sucumbió, sin embargo, ante la solidez y lentitud de los godos, y la fortuna hizo que también ellos, entre otros muchos pueblos, se convirtieran en siervos del rey geta Hermanarico. 119. Después de derrotar a los hérulos, este mismo Hermanarico dirigió sus ejércitos contra los vénetos (pp. 124-125).

CAPITULO XXIV - La invasión de los hunos

121. Después de un breve período de tiempo, como cuenta Orosio, el pueblo de los hunos, el más fiero y atroz de todos, se lanzó con saña contra los godos. Investigando los relatos antiguos hemos descubierto lo siguiente sobre los orígenes: Filimer, rey de los godos e hijo de Gadarico el Grande, que ocupó el trono de los getas en quinto lugar después de su salida de la isla de Escandia, cuando entró con su pueblo en el territorio de Escitia, como ya hemos dicho más arriba, encontró entre su pueblo a ciertas hechiceras a las que llamó en la lengua de sus padres “haliarunas”. Como no le inspiraban confianza, manda expulsarlas de entre los suyos y, después de que el ejército las hiciera huir bien lejos, las obliga a andar errabundas por una zona despoblada. 122. Cuando las vieron los espíritus inmundos que erraban por el desierto, se echaron en sus brazos y tras copular con ellas engendraron esta raza ferocísima que al principio vivió entre pantanos, minúscula, sombría y raquítica, una raza que apenas se parecía a la humana y a la que no se conocía otro lenguaje aparte de uno que parecía asemejarse remotamente al humano. Así que ésta era la estirpe de la que procedían los hunos que llegaron a las tierras de los godos. 123. Este pueblo cruel, como nos refiere al historiador Prisco, se asentó sobre la ribera más lejana de la laguna Meótida, sin dedicarse a otra actividad que no fuera la caza, salvo cuando, debido al crecimiento de su población, perturbaron la tranquilidad de los pueblos limítrofes con sus saqueos y rapiñas. Unos cazadores de este pueblo, cuando estaban, como de costumbre, al acecho de sus presas en la ribera del otro lado de la Meótida, observan que se les presenta de repente parándose otras, parece que les va mostrando un camino. 124. Los cazadores la siguieron y así atravesaron a pie la laguna Meótida, que hasta ese momento consideraban tan infranqueable como el mar. Pero tan pronto como apareció ante estos desconocidos la tierra de Escitia, la cierva desapareció. Creo que fueron aquellos espíritus que engendraron a los escitas. 125. Pero los cazadores, que ignoraban la existencia de otro mundo más allá de la Meótida, se quedan admirados con la tierra de los escitas y, como son astutos, pensando que este camino no conocido hasta entonces por nadie les había sido revelado por obra de la divinidad, vuelven a los suyos y les cuentan su hazaña. Alaban la tierra de Escitia y convencen a su pueblo para que se encamine con rapidez hacia allí por el camino que habían aprendido de la cierva que les sirvió de guía. Cuando llegaron sacrificaron en primer lugar a la victoria a cuantos escitas les habían salido al encuentro, mientras que a los restantes los sometieron como súbditos. 126. Pues tan pronto como atravesaron aquella enorme laguna, arrasaron como si se tratara de un huracán de pueblos a los alpidzuros, alcidzuros, itimaros, tuncarsos y boiscos que se asentaban en el litoral de Escitia. (...). 127. Pues a aquellos a los que en muchos casos no lograban vencer por las armas, los hacían huir aterrorizándolos con sus espantosos

semblantes, porque tenían un aspecto de una negrura espeluznante y su rostro no era tal, sino, por así decirlo, una masa informe con dos agujeros en lugar de ojos. Esta apariencia siniestra manifiesta la crueldad del carácter de estos hombres que cortan las mejillas de sus hijos varones con la espada el mismo día en que nacen para que antes de recibir el alimento de la leche se vean obligados a acostumbrarse a resistir las heridas. 128. Por este motivo llegan a viejos siendo imberbes y son jóvenes sin belleza porque su rostro, marcado por las cicatrices de las espadas, se ve privado del pelo que sienta tan bien a esta edad. Son bajos de estatura, pero ágiles y desenvueltos en sus movimientos y muy aptos para la equitación; tienen anchas espaldas y son hábiles en el manejo del arco y las flechas, con el cuello firme, y siempre erguidos de orgullo. Pero, a pesar de esta apariencia humana, lo cierto es que viven como bestias salvajes. 129. Los getas se quedan aterrorizados cuando ven el empuje de esta raza destructora de tantos pueblos y preparan con su rey un plan para enfrentarse con semejante enemigo (...). 130. (...) Balamber, rey de los hunos, dirigió su ejército hacia la región de los ostrogodos, que estaban ya separados de los visigodos a causa de cierta disputa acaecida entre ellos. Entretanto Hermanarico, no pudiendo soportar ni el dolor de sus heridas ni las incursiones de los hunos, falleció muy anciano a los ciento diez años de edad. Su muerte dio ocasión a los hunos de imponerse a aquellos godos que habíamos dicho que estaban asentados en la zona oriental y que se llamaban ostrogodos (pp. 126-129).

Segunda Parte - LOS VISIGODOS

CAPITULO XXV - Los visigodos se establecen en Dacia, Mesia y Tracia

131. Los visigodos, o sea, los aliados de los ostrogodos que habitaban en el territorio occidental, asustados por el pavor de sus parientes, tenían dudas sobre la decisión que habían de tomar con respecto a los hunos. Después de reflexionar mucho sobre el asunto se pusieron de acuerdo en enviar emisarios a la Romania al emperador Valente, hermano del emperador Valentiniano el Viejo, para que les concediera una parte de Tracia o de Mesia a fin de vivir allí sujetos a sus leyes y a su autoridad. Y para que tuviera mayor confianza en ellos, prometían hacerse cristianos si les enviaba misioneros que les explicaran la doctrina en su propia lengua. 132. Tan pronto como Valente se enteró de esto, se congratuló y, accediendo de buen grado a una propuesta que a él mismo le habría gustado hacer, acogió a los getas en la región de Mesia, colocándolos como una muralla defensiva de su propio reino contra los invasores de otros pueblos. Y, dado que por entonces el emperador Valente, dominado por la herejía de los arrianos, había mandado cerrar todas las iglesias de nuestro culto, les envió predicadores de su secta que una vez llegados vertieron de inmediato el veneno de su

herejía, entre estos hombres rudos e ignorantes. Así los visigodos fueron convertidos no al cristianismo, sino más bien al arrianismo. 133. Por lo demás, evangelizaron a sus parientes, tanto a los ostrogodos como a los gépidas, en virtud del afecto que los unía a ellos y, al enseñarles la práctica de esta herejía, atraieron al culto de su secta a todos los pueblos que hablaban esta lengua (pp. 133-134).

CAPITULO XXVI - Hambruna entre los visigodos y muerte de Valente

134. Sucedió a los visigodos lo que suele ocurrir a un pueblo que no está todavía asentado del todo en un lugar: sufrieron una hambruna. Sus personalidades más distinguidas y los jefes que ocupaban el puesto de reyes, a saber, Fritigerno, Alteo y Safraco, comenzaron a compadecer de la situación de escasez que atravesaba el ejército y solicitaron a los generales romanos Lupicino y Máximo el establecimiento de relaciones comerciales. Pero ¿a qué excesos no lleva el afán desordenado de oro? Estos generales, empujados por la codicia, comenzaron a venderles no sólo carne de oveja y de buey, sino también cadáveres de perros y otros animales inmundos, y a tal precio, que les exigían cualquiera de sus propiedades por un solo pan o por diez libras de carne. 135. Pero cuando ya no les quedan propiedades ni enseres, los avaros mercaderes les piden a aquellos a quienes apremiaba la penuria del hambre que les entreguen a sus propios hijos. A los padres no les queda más remedio que acceder, con tal de asegurar la salvación de su prole y no dudan en hacerles perder antes la libertad que la vida, porque es más compasivo vender a un hijo al que se sabe que van a alimentar que conservarlo para que muera de hambre. 136. Ocurrió, pues, en aquel tiempo de desgracia que el general romano Lupicino invitó a un banquete a Fritigerno, régulo de los godos, con intención de tenderle una emboscada, como luego se descubrió. Fritigerno, que desconocía el engaño, acudió al banquete con una pequeña comitiva y mientras comía en el interior del pretorio oyó los gritos de unos desgraciados a los que parecía que estaban ejecutando; se trataba de sus compañeros a los que los soldados habían recluido en otra dependencia por orden de su general y a los que trataban de matar. Los fuertes gritos de los moribundos llegan, pues, a oídos de Fritigerno, que ya sospechaba algo, e inmediatamente descubre la trampa que le han tendido. Desenvaina entonces su espada y sale raudo del banquete con gran osadía, libra a sus compañeros de la muerte segura que se cernía sobre ellos y los incita a aniquilar a los romanos. 137. Estos hombres valerosos encontraron entonces la oportunidad que tanto andaban buscando y, prefiriendo morir en la guerra antes que de hambre, tomaron las armas para acabar con los generales Lupicino y Máximo. Fue verdaderamente aquel día el que puso fin al hambre de los godos y a la tranquilidad de los romanos, y los godos comenzaron a dar órdenes a sus amos no ya como fugitivos y

extranjeros, sino como ciudadanos y señores, sometiendo a su dominio los territorios septentrionales hasta el Danubio. 138. El emperador Valente se enteró de lo sucedido en Antioquía y se dirigió de inmediato a los territorios de Tracia al frente de un ejército. Allí sostuvo una lamentable guerra en la que vencieron los godos y tuvo que refugiarse herido en una finca cercana a Adrianópolis. Los godos, ignorando que el emperador se refugiaba en una casucha miserable, le prendieron fuego, como suele suceder cuando el enemigo está enfurecido, y el emperador pereció así abrasado junto con su séquito real. No fue esto otra cosa que el mismísimo juicio de Dios, para que muriera quemado por los mismos que, deseando la verdadera fe, habían sido conducidos por él a la herejía, transformando así el fuego de la caridad en fuego del Infierno. Por ese tiempo, los visigodos, después de alcanzar la gloria de tamaña victoria, comenzaron a habitar el suelo de Tracia y la Dacia Ripuaria como si se apropiaran de la tierra que los vio nacer (pp. 135-137).

CAPITULO XXVII – Los godos bajo el emperador Teodosio

139. Entonces Teodosio fue llamado por el emperador Graciano para que viniera desde Hispania a suceder en el trono de Oriente a su tío Valente. La disciplina militar fue pronto restablecida y los godos empezaron a sentir temor porque se iba acabando con la desidia y la indolencia de los emperadores anteriores. Pues este nuevo emperador, hombre de carácter firme y célebre por su valor e inteligencia, fue capaz de levantar los ánimos de un ejército desmoralizado con una mezcla de rigor en sus órdenes y de dulce generosidad. Así que cuando los soldados, gracias a un emperador mejor que los anteriores, recobraron otra vez su confianza, atacan a los godos y los expulsan de los confines de Tracia. 140. Por entonces el emperador Teodosio cae enfermo con pocas esperanzas de recuperarse, lo que hace que los godos recobren su audacia. Dividieron el ejército en dos y Fritigerno se marchó a saquear Tesalia, el Epiro y Acaya, mientras que Alateo y Safraco se dirigieron con las restantes tropas a Panonia. 141. Cuando se enteró de esto el emperador Graciano, que se había dirigido a las Galias desde roma para hacer frente a una invasión de los vándalos, puesto que los godos atacaban con más saña al estar Teodosio agonizante por su fatal enfermedad, reunió a su ejército y se puso inmediatamente en marcha contra ellos. Pero como no confiaba en obtener una victoria militar, sino que pensaba ganárselos más con generosidad y regalos, les ofreció víveres y firmó con ellos un tratado de paz (pp.138-139).

CAPITULO XXVIII – Atanarico visita Constantinopla

142. Cuando más tarde el emperador Teodosio se recuperó y supo que el emperador Graciano había firmado el tratado que él mismo había deseado tanto, se alegró muchísimo y estuvo de acuerdo en mantener esta paz. Se ganó mediante regalos la amistad de Atanarico, que había sucedido a la sazón a Fritigerno, y con la amabilidad que lo caracterizaba, lo invitó a venir a Constantinopla. 143. Atanarico accedió encantado y al entrar en la ciudad real dijo con sorpresa: (...). Al ver la confluencia de tantos pueblos distintos, como el agua que procedente de tantos lugares fluye en una sola fuente, así como las formaciones de soldados, exclamó: “El emperador es sin lugar a dudas un dios en la tierra, y cualquiera que levante su mano contra él ha de pagarlo con su propia sangre”. 144. Admirado hasta este punto y colmado de los mayores honores por parte del emperador, partió de este mundo a los pocos meses. El emperador, dado el afecto que le tributaba, honrándolo casi más después de muerto que cuando estaba vivo, le dio digna sepultura y durante el funeral caminó delante de su féretro. 145. A la muerte de Atanarico todo su ejército continuó al servicio del emperador Teodosio y a las órdenes del Imperio formó un solo cuerpo, por así decirlo, con el ejército romano, recuperándose así el contingente de federados instituido antaño por Constantino, que continuaron llamándose también “Federados”. El emperador, comprendiendo que eran leales y amigos, se llevó consigo a más de veinte mil soldados de entre ellos a su campaña contra Eugenio, el tirano que, tras asesinar a Graciano, se apoderó de las Galias, y una vez que hubo derrotado a dicho tirano, se cobró su venganza (pp. 140-141).

CAPITULO XXIX – Alarico llega hasta Ravena

146. Pero después de que Teodosio, amante de la paz y de la nación goda, dejó los asuntos de este mundo, sus hijos comenzaron a vivir de forma fastuosa, a arruinar uno y otro Imperio y a privar a sus tropas auxiliares godas de las contribuciones acostumbradas, con lo que creció su descontento contra ellos. Temiendo que su valor desapareciera por culpa de una paz tan prolongada, los godos proclamaron rey a Alarico, que pertenecía al ilustre linaje de los Baltos, el segundo en nobleza después de los Amalos. Esta familia había recibido hacía tiempo entre los godos por su bravura y coraje el nombre de “Balta”, que significa “audaz”. 147. Así que, tan pronto como el mencionado Alarico fue nombrado rey (...) Reclutó un ejército durante el consulado de Estilicón y Aureliano y, después de atravesar Panonia y Sirmio, penetró en Italia por el este como si se tratara de un país despoblado, llegando hasta el puente Candidiano, que se encuentra a tres millas de la ciudad real de Ravena, sin encontrar resistencia alguna (pp. 142-144).

CAPITULO XXX – Alarico saquea Roma

152. Efectivamente, cuando el ejército de los visigodos se situó en las inmediaciones de esta ciudad, envió una legación al emperador Honorio, que se encontraba en el interior, diciéndole que si permitía a los godos asentarse pacíficamente en Italia vivirían con los romanos como si se tratase de un solo pueblo, pero que si, por el contrario, no estaba de acuerdo, lucharían y el que fuera más fuerte expulsaría al otro y podría vivir tranquilo gobernando como vencedor. Pero el emperador Honorio, temiendo ambas propuestas, y después de recabar la opinión del Senado, estudiaba un plan para expulsar a los godos de Italia. 153. Finalmente tomó la decisión de que Alarico y su pueblo, si eran capaces, debían reclamar como tierra propia las Galias y las Hispanias, provincias situadas lejos y que estaban ya casi perdidas y devastadas por la invasión del rey vándalo Giserico. Los godos aceptan este acuerdo y, después de confirmarse esta donación por un oráculo sagrado, se ponen en camino hacia la patria que les había sido entregada. 154. Después de retirarse de Italia, donde no había cometido ninguna tropelía, el patricio Estilicón, suegro del emperador Honorio (pues el emperador se casó sucesivamente con sus dos hijas, María y Termancia, y ambas fueron llamadas por Dios de este mundo cuando eran todavía vírgenes e intactas), este Estilicón, como digo, se acercó con engaños a la ciudad de Pollentia, situada en los Alpes Cotios y, no sospechando nada malo los godos, se lanzó a una guerra que produciría la destrucción de toda Italia y su propia vergüenza. 155. Los godos, al verlo presentarse de repente, se quedaron aterrados en un primer momento, pero pronto recobran los ánimos incitándose unos a otros a la lucha, como solían hacer en estos casos, y logran aniquilar a casi todo el ejército de Estilicón, que tiene que darse a la fuga. Llenos de rabia abandonan el viaje que habían emprendido y se vuelven de nuevo a Liguria, por donde ya habían pasado, y después de saquearla y expoliarla arrasan de igual manera la Emilia. Siguiendo la ruta de la calzada Flaminia entre el Piceno y Toscana en dirección a Roma, devastan y saquean todo lo que encuentran a su paso por ambos lados. 156. Finalmente entran en Roma y Alarico da orden de que solamente la saqueen, pero no permite que la incendien, como suelen hacer estos pueblos, ni que se cometa afrenta alguna contra cualquier cosa que se encuentre en los lugares sagrados. Desde allí se dirigen a Campania y Lucania, donde siguen ocasionando los mismos estragos y llegan al territorio de los brucios. Se quedan allí una temporada y deciden pasar luego a Sicilia y desde allí a los territorios africanos. 157. Así que allí fue a donde llegó el rey visigodo Alarico con las riquezas de toda Italia, que había tomado como botín de guerra, y luego, como hemos dicho, se dispuso a pasar a la tranquila tierra africana a través de Sicilia. Pero en su pavoroso estrecho (¡qué poco libre es el hombre para hacer algo sin la aprobación de Dios!) se hundieron unos cuantos barcos y la mayoría sufrió graves daños.

Disuadido Alarico por este contratiempo, mientras estaba decidiendo qué hacer, dejó los asuntos de este mundo como consecuencia de una muerte prematura y repentina. 158. Es muy llorado por los suyos, que le tributaban un gran afecto. Desvían el curso del río Busento, junto a la ciudad de Cosenza (pues este río corre desde el pie del monte hasta la ciudad con sus saludables aguas) y reúnen a un grupo de prisioneros para que caven una tumba en medio del cauce del río. En el interior de este hoyo entierran a Alarico con muchas riquezas, vuelven a conducir de nuevo las aguas a su cauce y matan a todos los enterradores para que nadie pueda encontrar nunca el lugar. Luego entregan el reino visigodo a Ataulfo, un pariente de Alarico famoso por su inteligencia y su belleza, pues aunque no era de gran estatura, se distinguía por la belleza de su cuerpo y de su rostro (pp. 145-147).

CAPITULO XXXI – Ataulfo conquista las Galias e Hispania

159. Cuando Ataulfo se convirtió en rey volvió a Roma y arrasó como una plaga de langostas lo que había quedado después del primer saqueo. Se apoderó también de todas las propiedades de Italia y no sólo de las particulares, sino también de las del Estado, sin que el emperador Honorio pudiera hacer nada para impedirlo, llevándose de Roma como esclava a su hermana Placidia, hija de la segunda esposa del emperador Teodosio. 160. Sin embargo, en atención a su noble linaje, su belleza física y su casta pureza, se unió a ella en legítimo matrimonio en Foro Julio, ciudad de la Emilia, para que los restantes pueblos, al conocer este enlace, se asustaran más pensando que se trataba de una alianza del Imperio con los godos. Luego abandonó generosamente al emperador Honorio, como pariente suyo que era ya, pero privado de bienes, y se dirigió a las Galias. 161. Cuando llegó allí, los pueblos vecinos comenzaron a recluirse en sus territorios, tanto los francos como los burgundios, que habían asolado tan cruelmente las Galias en épocas pasadas. Por su parte, los vándalos y los alanos, que como dijimos más arriba, se habían asentado en las dos Panonias con el consentimiento de los emperadores, pensando que no iban a estar seguros si volvían allí los godos por el miedo que les inspiraban, y pasaron a las Galias. 162. Pero pronto hubieron de huir de las Galias que acababan de ocupar y se refugiaron en Hispania, acordándose aún de lo que les habían contado sus mayores sobre los desastres que había causado a su pueblo el rey godo Geberico, que los había expulsado por la fuerza del suelo de su patria. De modo que esta coyuntura puso las Galias a merced de Ataulfo. 162. Así pues, una vez que este rey godo consolidó su reino en las Galias, comenzó a compadecerse de las desgracias de los hispanos y decidió librarlos de las incursiones de los vándalos. Dejó sus riquezas en Barcelona con algunos hombres leales y los que no podían combatir, y penetró en el interior de Hispania, donde tuvo frecuentes enfrentamientos con los vándalos. Tres años después de haber

sometido las Galias y los territorios hispanos murió por culpa de una herida que había recibido en el vientre de la espada de Evervulfo, de cuya estatura solía burlarse. Después de su muerte fue nombrado rey Sigerico, pero también él pereció traicionado por los suyos y perdió muy prematuramente el reino y la vida (pp. 148-149).

CAPITULO XXXII – Reinado de Valia

164. Más tarde Valia, hombre severo y prudente en demasía, es proclamado rey, el cuarto desde Alarico. Contra él envió el emperador Honorio a Constancio, hombre muy experimentado en asuntos bélicos y vencedor en múltiples batallas, temiendo que rompiera el pacto firmado tiempo atrás con Ataulfo y que tramara de nuevo alguna asechanza contra el Imperio (...). Deseaba al mismo tiempo liberar a su hermana Placidia de la vergüenza que suponía su sumisión a él, y por eso pactó con Constancio que se la concedería en matrimonio si podía llevársela a su reino bien pacíficamente, o bien por las armas o por cualquier otro medio. 165. Constancio, contento con el trato, se dirige a Hispania con muchos soldados y con un cortejo ya casi real. Valia, rey de los godos, le sale al encuentro a la entrada de los Pirineos con un contingente en nada inferior al suyo. Allí cada una de las partes manda una embajada a la otra, y llegan al acuerdo de que Valia devolvería al emperador a su hermana Placidia y no se negaría a prestar ayuda al Imperio romano cuando las circunstancias así lo exigieran (...). 166. En el duodécimo año de su reinado, cuando los hunos fueron expulsados por los godos y los romanos de la región de Panonia que habían ocupado durante casi cincuenta años, viendo Valia que los vándalos habían tenido la osadía de atreverse a salir del interior de Galicia, donde los había confinado Ataulfo, y que se atrevían a saquear cuanto podían en sus propios dominios, es decir en el territorio de Hispania, envió sin dilación un ejército contra ellos (pp. 150-151).

CAPITULO XXXIII – Los vándalos pasan a África

167. Pero Giserico, rey de los vándalos, había sido llamado por entonces a Afrecha por Bonifacio (que había caído en desgracia ante el emperador Valentiniano y, no pudiendo vengarse de otro modo que haciendo daño al Imperio, suplicó a los vándalos que acudieran a él). (...) 168. Era ya por entonces Giserico muy conocido en todo el mundo por la derrota que infligió a los romanos; de estatura media y cojo a consecuencia de la caída de un caballo, profundo de espíritu, poco hablador, deseoso de riquezas, inclinado a la ira, despreciaba el lujo y era muy hábil para atraerse a otros pueblos y sembrar la discordia y provocar el odio. 169. Éste era el hombre que, a ruegos de Bonifacio, como hemos dicho, entró en las regiones

africanas del Imperio, donde reinó mucho tiempo con un poder que se dice que había recibido de la divinidad. Antes de morir mandó llamar a sus hijos y les prescribió que no surgiera entre ellos ninguna disensión por la ambición de alcanzar el trono, sino que cada uno ocupara el poder ordenadamente tras la muerte de los otros, es decir, que al de mayor edad lo sucediera el siguiente de sus hijos y a éste el próximo. Observando este precepto mantuvieron su reino por espacio de muchos años y no lo destruyeron con guerras civiles, como suele suceder en otros pueblos, sino que uno detrás de otro ocuparon el trono ordenadamente y gobernaron en paz a su pueblo. 170. El orden de sucesión fue el siguiente: el primero fue Giserico, su padre y señor; el siguiente Himerico, el tercero Guntamundo, el cuarto Trasamundo, el quinto Hilderico, al que para desgracia de su pueblo y olvidando los preceptos de su antepasado expulsó del trono Gelimer, que lo asesinó e instauró un gobierno despótico. 171. Sin embargo, su acción no quedó impune, pues pronto la venganza del emperador Justiniano cayó sobre él y, gracias a la intervención del gloriosísimo Belisario, comandante en jefe del ejército de Oriente, cónsul ordinario y patricio, fue llevado con todo su pueblo y las riquezas que acumulaba como un pirata a Constantinopla, donde sirvieron para que el pueblo disfrutara de un gran espectáculo de circo. Allí, sufriendo un tardío arrepentimiento por sus actos y viéndose privado de su condición real, murió rebajado a la condición de un cualquiera, pero negándose a aceptarla (...). 173. El rey godo Valia estaba hasta tal punto enfurecido contra los vándalos que habría deseado perseguirlos hasta Afrecha si no le hubiera hecho volver atrás la misma circunstancia que le había acaecido a Alarico tiempo atrás cuando se dirigía a Afrecha. Ennoblecido, pues, con las victorias obtenidas en el interior de Hispania sin derramamiento de sangre, vuelve a Tolosa. Después de entregar al Imperio romano, como había prometido, unas cuantas provincias de las que había hecho huir a sus enemigos, una pésima enfermedad acabó con la buena salud de la que había disfrutado tanto tiempo y dejó los asuntos de este mundo (pp. 152-154).

CAPITULO XXXV – Orígenes y carácter de Atila

180. Este Atila tuvo como padre a Mundiuco, cuyos hermanos fueron Octar y Rúas, que se dice que fueron reyes de los hunos antes que Atila, aunque no reinaron sobre todos como él. Después de la muerte de éstos los sucedió en el trono de los hunos junto con su hermano Bleda y, para poder llevar a cabo libremente los proyectos que preparaba, trató de aumentar sus fuerzas con el fratricidio, comenzando la destrucción universal con el asesinato de su propia familia. 181. Pero la justicia actuó sobre el que no dudaba en emplear los medios más detestables para aumentar su poder, y su crueldad encontró un final vergonzoso. Así pues, tras asesinar a traición a su hermano Bleda, que reinaba sobre buena parte de los hunos,

reunió en torno a sí a todo su pueblo y a otro numeroso grupo de naciones que estaban sometidas por entonces a su obediencia, con el deseo de subyugar a los pueblos más poderosos del mundo, los romanos y los visigodos. 182. Se estimaba que el número de efectivos de su ejército rondaba los quinientos mil y era un hombre nacido para conmocionar a los pueblos e infundir pavor a todo el universo, pues sólo con su tremenda reputación conseguía aterrar a todos. Era arrogante en el porte y volvía los ojos de un lado a otro para que incluso el poder de su espíritu orgulloso se manifestara en cada movimiento de su cuerpo. Aunque era amante de la guerra, sabía mantener el control sobre sus actos. Era sumamente juicioso, clemente con los que le suplicaban perdón y generoso con los que se aliaban con él. De estatura era bajo, ancho de pecho, de cabeza grande y ojos pequeños; la barba la tenía poco poblada, los cabellos canosos, la nariz aplastada y la tez oscura, rasgos todos ellos que denotaban su raza. 183. Aunque por naturaleza siempre había tenido grandes esperanzas de éxito, su ambición se había acrecentado al encontrar la espada de Marte, que siempre había sido considerada sagrada por los reyes de Escitia. El historiador Prisco refiere así el hallazgo: Un pastor —dice— observó que una de las terneras de su rebaño cojeaba y, como no encontraba lo que podía haberle causado una herida tan grande, sigue con preocupación los rastros de sangre hasta que finalmente llega hasta la espada que la incauta novilla había pisado mientras pastaba. La desentierra y se la lleva de inmediato a Atila. Éste le agradece el regalo y, con la presunción que lo caracterizaba, piensa que ha sido designado señor de todo el universo y que por medio de esta espada le ha sido concedido el poder de decidir el resultado de las guerras (pp. 159-160).

CAPITULO XXXVI – Los romanos se alían con los visigodos contra Atila

184. Cuando Giserico, rey de los vándalos, de quien hemos hablado anteriormente, tiene conocimiento del propósito de Atila de devastar todo el orbe, lo instiga para que declare la guerra a los visigodos, ofreciéndole a cambio regalos, pues temía que el rey visigodo Teodoredó vengara la afrenta que había sufrido su hija. Ésta se había casado con Hunerico, hijo de Giserico, y al principio se había alegrado de un matrimonio de tanta categoría. Pero luego Hunerico, con la crueldad que solía manifestar hasta con sus propios familiares, sólo por sospechar que su esposa había intentado suministrarle un veneno, la había enviado de vuelta a las Galias junto a su padre después de mutilarle la nariz y las orejas, privándola así de su natural belleza, para que la desdichada mostrara siempre este vergonzoso recuerdo. Tal crueldad, que conmovía incluso a los extranjeros, estaba pidiendo a gritos la venganza de su padre. 185. Así pues, Atila decidió con el apoyo de Giserico comenzar las guerras que había proyectado y envió emisarios a Italia ante el emperador Valentiniano para sembrar la

discordia entre los godos y los romanos y debilitar con disputas internas a los que no podía vencer en combate. Aseguraba que no quería romper su amistad con el Imperio, sino que su guerra era contra el rey visigodo Teodoredo. Luego, como deseaba de buen grado que Valentiniano se mantuviera al margen de la guerra, llenaba el resto de la carta de los halagos y saludos acostumbrados, tratando de dar mayor crédito a sus mentiras. Envío otra carta del mismo tenor al rey visigodo Teodoredo, exhortándolo a abandonar su alianza con los romanos y a recordar las crueles guerras que le habían declarado no hacía tanto; hombre astuto éste, que combatía con artimañas antes de hacer la guerra. 187. Entonces el emperador Valentiniano envió una legación a los visigodos y a su rey Teodoredo que se expresó en estos términos: “Lo más prudente que podéis hacer, ya que sois el más valeroso de los pueblos, es unirnos a nosotros contra el tirano universal que desea someter a la esclavitud a la totalidad del orbe, que no necesita tener motivos para declarar la guerra y que considera legítimos todos sus actos. 188. Os ruego que recordéis lo que sin duda no podéis olvidar, que no somos atacados por los hunos en una guerra abierta, donde todos estamos en igualdad de condiciones, sino, lo que es más grave, que han emprendido este ataque con asechanzas. Por no decir nada de nosotros, ¿podéis tolerar que esta arrogancia quede sin venganza? Ya que tenéis ejércitos poderosos, ayudadnos en nuestros sufrimientos y unid vuestras fuerzas a las nuestras. Prestad vuestro auxilio al Imperio, ya que poseéis una parte del mismo. Averiguad los propósitos del enemigo si queréis saber hasta qué punto deseamos y ansiamos vuestra alianza”. 189. Con estos argumentos y otros semejantes, los legados de Valentiniano conmovieron al rey Teodoredo y éste respondió diciendo: “Romanos, habéis conseguido lo que deseabais: habéis convertido a Atila también en enemigo nuestro. Lo perseguiremos hasta cualquier lugar adonde nos haga ir y, aunque se jacte de sus victorias sobre diversos pueblos, los godos saben bien cómo se lucha contra los arrogantes. Me atrevería a decir que no hay ninguna guerra onerosa a excepción de la que se hace por motivos injustos, y nada malo ha de temer aquel que defiende su soberanía”. 190. Los nobles godos aplauden la respuesta de su jefe y el resto del pueblo los secunda con entusiasmo. A todos les entran ansias de combatir y arden en deseos de luchar contra sus enemigos los hunos. Una inmensa multitud se pone a las órdenes del rey visigodo Teodoredo, que deja en casa a cuatro de sus hijos —es decir, a Friderico, Eurico, Retemero e Himnerito— y se lleva consigo como compañeros de fatigas a sus hijos mayores Turismundo y Teodoredo (...). 191. En las filas romanas fue tan grande la previsión del patricio Aecio, de quien dependían por entonces las regiones contra una masa infinita de enemigos feroces con iguales efectivos. En efecto, se unieron a los romanos como tropas auxiliares los francos, los sármatas, los armoricanos, los liticianos, los burgundios, los sajones, los riparios y los olibriones, que en

otro tiempo habían sido soldados romanos, pero que entonces fueron convocados sólo como auxiliares, así como algunos otros pueblos celtas y germanos. 192. Se concentraron, pues, las tropas en los Campos cataláunicos, que se denominan también Mauriacos y que tienen cien leguas, como dicen los galos, de largo, y setenta de ancho (pp. 161-194).

CAPÍTULO XXXVII – Teodoredo y Aecio ocupan Orleans

194. Pero antes de narrar el desarrollo mismo de la batalla parece necesario explicar los episodios preliminares, porque si la batalla en sí fue memorable, las peripecias de que se vio rodeada fueron también múltiples y sorprendentes. En efecto, Sangibano, rey de los alanos, lleno de terror ante el desenlace de los acontecimientos, promete entregarse a Atila y confiarle el mando de la ciudad gala de Orleans, en la que residía por aquel entonces. Al enterarse de este Teodoredo y Aecio, construyen grandes fortificaciones con terraplenes delante de la ciudad antes de la llegada de Atila y vigilan al sospechoso Sangibano, colocándolos a él y a su pueblo en medio de las tropas auxiliares. 195. Atila, rey de los hunos, se conmocionó con estos sucesos y, desconfiando de sus propias tropas, temió comenzar el enfrentamiento. Pensando entre tanto que la huida podía ser más desafortunada que la muerte misma, decidió consultar a sus adivinos sobre el futuro que le aguardaba. Éstos examinaron como de costumbre las entrañas de los animales y vieron que aparecían ciertas venas sobre los huesos quebrantados, lo que suponía un funesto presagio para los hunos. Sin embargo, sus predicciones aportaban un pequeño consuelo: que el jefe supremo de los enemigos del bando contrario sucumbiría en la batalla y ensombrecería con su muerte la victoria que habían de conseguir. 196. Aunque Atila consideraba provechosa la muerte de Aecio, porque estorbaba sus planes, incluso a costa de su propia derrota, sin embargo, se quedó preocupado con estos vaticinios y, como en el fondo era un excelente estratega militar, empezó con cierto temor el combate hacia la hora nona del día, para tener el amparo de la noche si las cosas no marchaban como él quería (pp. 165-166).

CAPITULO XXXVII – La batalla de los Campos Cataláunicos

197. Los dos bandos se encontraron, como habíamos dicho. En los Campos cataláunicos. El terreno del campo de batalla tenía una ligera pendiente que crecía hasta formar un pequeño collado. Ambos ejércitos deseaban apoderarse de él porque la buena situación del lugar confería una ventaja nada desdeñable. Los hunos ocuparon el flanco derecho con los suyos, mientras que los romanos y visigodos ocupaban el izquierdo con sus tropas auxiliares, y así comenzaron el combate sin haberse adueñado todavía de la cima del montículo. 198.

Teodoredo y los visigodos estaban colocados en el ala derecha del ejército, Aecio y los romanos en la izquierda, y habían dejado en medio a Sangibano, que como hemos dicho más arriba era el jefe de los alanos, encerrando entre tropas leales con gran precaución militar al que inspiraba menor confianza: pues está claro que el que tiene difícil el camino para huir asume más fácilmente la necesidad de luchar. Las tropas de los hunos, por su parte, estaban organizadas de modo bien diferente; Atila estaba colocado en el centro con sus hombres más aguerridos (...). 199. Las alas de su ejército las formaban una multitud de pueblos procedentes de razas diversas que había sometido a su autoridad. Entre ellos sobresalía el ejército de los ostrogodos, mandado por los hermanos Valamiro, Teodomiro y Vidimiro, más nobles que el mismo rey al que entonces obedecían, pues pertenecían al ilustre y poderoso linaje de los Amalos. Estaba también allí con una innumerable tropa de gépidas el muy afamado y valiente rey Ardarico, que por su gran lealtad a Atila tenía el privilegio de ser uno de sus consejeros, pues Atila, que era muy sagaz en sus decisiones, apreciaba a éste y al rey ostrogodo Valamiro por encima de los demás reyezuelos. Lo cierto es que Valamiro sabía guardar bien los secretos, era de lenguaje convincente e incapaz de cometer traición. Ardarico, por su parte, era famoso por su lealtad y buen juicio, como ya hemos dicho; no le debieron de faltar razones a Atila para pensar que ambos iban a luchar contra sus parientes visigodos. 201. Solamente Atila, rey de todos los reyes, se preocupaba de todo y por todos. Así que se entabla combate con el fin de apoderarse de este lugar privilegiado del que hemos hablado. Atila mandó a los suyos ocupar la cima del monte, pero se le adelantan Turismundo y Aecio, que consiguieron con gran esfuerzo ganar la cumbre y desde allí rechazaron fácilmente a los atacantes, merced a la situación privilegiada de la que gozaban en lo alto de la colina (pp. 167-168).

CAPITULO XL – Muerte de Teodoredo y derrota de Atila

207. (...). Se entabla combate cuerpo a cuerpo. La batalla es atroz, confusa, cruel y encarnizada, totalmente distinta a cualquier otra de las que se libraron en la Antigüedad. Se cuenta que se vieron allí tales hazañas que el que se privara de contemplar este espectáculo jamás en su vida podría haber visto nada más extraordinario. 208. Pues, si damos crédito a los más ancianos, un riachuelo que corre por una pequeña ribera del citado campo vio muy aumentado su caudal con la sangre de las heridas de los que habían caído en el combate. No creció por la lluvia, como suele suceder, sino que se convirtió en torrente repleto del insólito líquido en cruenta crecida. Y aquellos que acudieron a él acuciados por la sed que les provocaban las heridas recibidas se vieron arrastrados por sus aguas sembradas de muerte. Así, compelidos por su miserable suerte, bebieron la sangre que habían derramado los

heridos. 209. Entonces, el rey Teodoredo, mientras pasaba revista a su ejército para infundirle valor, cayó de su caballo y fue pisoteado por los suyos, muriendo a una edad ya bastante avanzada. Pero hay quien dice que lo mató una flecha lanzada por Andagis, que pertenecía al bando de los ostrogodos que estaban a las órdenes de Atila. Éste fue el primer vaticinio que hicieron los arúspices a Atila, aunque él pensó que se trataba de Aecio. 210. Entonces los visigodos, separándose de los alanos, se lanzan contra las masas de los hunos y están a punto de matar a Atila, pero éste se percata de ello y actúa con rapidez, logrando escapar con los suyos y ocultarse en el recinto de su campamento que habían vallado con carros. Aunque esta defensa no era muy sólida, sin embargo, hallaron allí refugio para sus vidas aquellos a los que poco antes no podían contener ni las murallas más fortificadas. 211. Por lo que respecta a Turismundo, el hijo del rey Teodoredo, que se había adelantado junto con Aecio a ocupar la posición elevada y había rechazado desde allí a los enemigos, cuando creía que volvía a sus propias filas en medio de la oscuridad de la noche, llega sin saberlo hasta los carros de los enemigos. Allí se vio forzado a luchar valientemente, pero alguien lo hirió en la cabeza y lo hizo caer del caballo. Sus hombres lo rescataron con gran previsión y tuvo que abandonar la lucha (...). 212. Al amanecer del día siguiente, cuando vieron que el campo de batalla estaba lleno de cadáveres y que los hunos no se atrevían a salir de su campamento, pensaron que la victoria era suya, porque sabían que Atila no abandonaría el combate si no sufriera una gran derrota. Éste, sin embargo, parecía no hacer ningún movimiento, como si estuviera hundido en la derrota, pero hacía sonar las armas, tocar las trompetas y amenazar con un nuevo ataque (...). En esta situación los godos y los romanos se reúnen para decidir qué van a hacer con Atila ahora que lo han vencido. 213. Deciden agotarlo con un asedio, porque no le quedaban muchos víveres y porque los arqueros situados detrás de la empalizada de su campamento impedían el acceso a él con una lluvia de flechas. Se cuenta que, en esta situación desesperada, el citado rey, dando pruebas de su resolución hasta en el momento de morir, mandó que construyeran una pira con sillas de caballo, y que quería arrojarle a las llamas si los adversarios lograban entrar, para que nadie pudiera alegrarse de haberlo herido ni pudiera caer en manos de los enemigos el que era señor de tan poderosos pueblos (pp. 171-173).

CAPITULO XLI – Turismundo es proclamado rey

214. Pero durante esta tregua del asedio, los visigodos se dedicaron a buscar a su rey y a los hijos de Teodoredo a su padre, conmovidos por su desaparición en un momento tan venturoso. Después de buscarlo durante mucho tiempo, como suelen hacerlos los hombres valientes, lo encontraron entre el amasijo de cadáveres y lo honoraron con sus cantos antes

de llevárselo ante la mirada atenta de los enemigos. Se podían ver grupos de rudos godos con sus voces discordantes que se ocupaban de sus honras fúnebres entre los fragores de una guerra que aún continuaba. Derramaban lágrimas, pero como suelen hacer los hombres valientes. Se trataba de una muerte, sí, pero una muerte gloriosa, como podían atestiguar los hunos, y se podía pensar que con ella quedaba aplacada la soberbia de los enemigos, que se limitaban a contemplar cómo se trasladaba el cadáver de un rey tan poderoso con sus propias insignias. 215. Pero aún estaban los godos celebrando los funerales de Teodoredo, cuando, haciendo resonar sus armas, otorgaron la dignidad real al valerosísimo príncipe Turismundo, para que prosiguiera las exequias de los gloriosos manes de su queridísimo padre como correspondía a un hijo. Cuando éstas se dieron por concluidas, movido por el dolor de su orfandad y por el impetuoso valor que lo caracterizaba, decidió vengar la muerte de su padre atacando a los hunos que aún resistían, y para ello pidió consejo al patricio Aecio, dada su mayor edad y su experiencia en tales lides, sobre lo que debía hacer en aquellas circunstancias. 216. Pero aquel, temiendo que si los hunos eran totalmente aniquilados el Imperio romano cayera en manos de los godos, lo convence aconsejándole que volviera a sus tierras y tomara posesión del trono que le había dejado su padre, no fuera que sus hermanos se apoderaran del reino visigodo y de las riquezas de su padre y tuviera que luchar duramente con los suyos, y lo que era peor, con el riesgo de ser derrotado. Turismundo recibió esta respuesta sin darse cuenta de las segundas intenciones que encubría, sino como si fuera sólo por su propio interés y, dejando a los hunos, se volvió a las Galias (...). 217. Se cuenta, pues, que en esta famosísima batalla en la que intervinieron los pueblos más valerosos hubo ciento setenta y cinco mil bajas entre los dos bandos, sin contar los quince mil gépidas y francos que antes del combate principal se enfrentaron durante la noche y perecieron como consecuencia de las heridas que se infligieron mutuamente, ya que los francos luchaban en el bando romano y los gépidas en el de los hunos. 218. Así pues, cuando Atila se enteró de la marcha de los godos pensó que se trataba de una trampa de los enemigos, como es lógico pensar en estos casos inesperados, y se atrincheró durante algún tiempo en su campamento. Pero al comprobar que a la retirada de los enemigos se sigue un largo silencio, su mente piensa de nuevo en la victoria, se imagina nuevos triunfos y su carácter de rey poderoso le hace pensar otra vez en su antiguo destino. Por su parte, Turismundo, tras la muerte de su padre y su proclamación real en los Campos cataláunicos donde también él había luchado, entra en Tolosa. Aunque allí sus numerosos hermanos y los hombres poderosos del reino estaban en pleno alborozo, sin embargo, fue tan moderado en los inicios de su reinado, que no tuvo que enfrentarse a ninguno de ellos por la sucesión en el trono (pp. 174-176).

CAPITULO XLII – Atila devasta Italia

219. Pero Atila, aprovechando la ocasión que le brindaba la retirada de los visigodos y viendo que sus enemigos se dividen en dos grupos como tanto había deseado, se siente de nuevo seguro y prepara inmediatamente su ejército para aplastar a los romanos. En su primer ataque asedia a la ciudad de Aquilea (...). 212 (...) Construyen todo tipo de artefactos y máquinas de guerra y las utilizan para irrumpir en la ciudad sin demora; la saquean, se reparten el botín y la arrasan tan cruelmente que apenas dejan señales de que había existido. 222. A partir de este momento los hunos se volvieron más audaces y, no saciados aún con la sangre romana, desatan su furia por las otras ciudades del Véneto. Devastan también con la misma saña Milán, metrópoli de Liguria y en otro tiempo ciudad real, y no dejan de condenar a Pavía a la misma suerte. Asolan con crueldad los lugares cercanos y convierten en ruinas casi toda Italia. Pero, aunque Atila había tenido intención de dirigirse a Roma, los suyos, como cuenta el historiador Prisco, lo hicieron desistir de su empeño, no porque miraran por una ciudad de la que eran enemigos, sino porque temían por la suerte de su rey, poniéndole como ejemplo el caso del antiguo rey visigodo Alarico, que no había sobrevivido mucho a la destrucción de Roma, sino que inmediatamente después abandonó los asuntos de este mundo. 223. Así pues, mientras su espíritu estaba vacilante sobre si debía ir o no y se retrasaba en tomar una decisión, le llegó una grata embajada de Roma. Efectivamente, el papa León en persona le sale al encuentro en el Campo Ambuleyo, en la región del Véneto por donde atraviesa el río Mincio gran cantidad de mercaderes. Atila apaciguó el furor de su ejército y, después de prometer la paz, se marchó de nuevo a sus territorios de más allá del Danubio, desde donde había venido, no sin antes proclamar ante todos su amenaza de causar aún mayor estragos en Italia si el emperador Valentiniano no le enviaba allí a su hermana Honoria, la hija de Placidia Augusta, con la parte de los bienes imperiales que le correspondían. 224. Se contaba que esta Honoria, estando obligada a permanecer encerrada por orden de su hermano para guardar la castidad que exigía el decoro de la corte, había enviado en secreto un eunuco a Atilia para comunicarle que se ponía a su disposición para enfrentarse a su hermano. Fue sin duda un acto absolutamente infame, porque pretendía comprar la libertad de dar rienda suelta a sus pasiones a costa de la desgracia de su pueblo (pp. 177-179).

CAPITULO XLIII – Muerte de Turismundo

228. Por su parte, Turismundo, una vez que las oleadas de hunos fueron rechazadas por los alanos, se volvió a Tolosa sin haber sufrido pérdidas en su ejército. Allí vivió tranquilo y

disfrutando de la paz que había conseguido para su pueblo hasta que, en el tercer año de su reinado, se puso enfermo. Mientras le estaban practicando una sangría, su cliente Ascalco, que estaba denunciándole una conspiración contra su persona, aprovechó para quitarle sus armas y asesinarlo. Pudo no obstante vengar su propia sangre matando a algunos de los conspiradores con un escabel que consiguió con la única mano que tenía libre (p. 181).

CAPÍTULO XLV – Reinado de Eurico. Últimos emperadores romanos

235. Su hermano Eurico fue objeto de graves sospechas por su apresurado deseo de sucederlo. Y mientras estos y otros sucesos tenían lugar entre los visigodos, el emperador Valentiniano fue asesinado a traición por Máximo, y este Máximo ocupó el trono como un usurpador. Cuando se enteró de esto Giserico, rey de los vándalos, marchó con una flota desde África hasta Italia, entró en Roma y la asoló. Máximo, por su parte, fue asesinado en su huida por un soldado romano llamado Urso. 236. Después de éste, por orden de Marciano, el emperador de Oriente, recibió el encargo de gobernar el Imperio de Occidente Mayoriano, pero no reinó mucho tiempo, porque cuando dirigía su ejército contra los alanos que devastaban las Galias murió en Tortona, junto al río que se conoce como Hira. Severo ocupó su lugar y murió en Roma en el tercer año de su reinado. Viendo esto, el emperador León, que había sucedido en el Imperio de Oriente a Marciano, escogió a su patricio Antemio y lo nombró emperador de Roma. Tan pronto como llegó a Roma envió contra los alanos a su yerno Ricimero, un hombre destacado y probablemente el único por entonces en Italia capaz de dirigir un ejército. Éste venció inmediatamente a las turbas de los alanos y a su rey Beorgo ya desde el primer combate y consiguió aniquilarlos totalmente. 237. Así pues, el rey visigodo Eurico, viendo que los emperadores romanos se sucedían unos a otros con tanta rapidez, intentó someter las Galias a su propio dominio (...). 238. (...) Por su parte, el rey visigodo Eurico ocupó la ciudad de Arvena cuando el emperador Antemio ya había fallecido, después de haber asolado la Romania con una guerra civil contra su yerno Ricimero y de dejar el trono a Olibrio, al morir a manos de este mismo yerno. 239. Por ese tiempo murió en Constantinopla Aspar, primer patricio y esclarecido noble godo, junto con sus hijos Ardaburo y Patriciolo (...) después de resultar herido en su propio palacio por las espadas de unos eunucos. No habían transcurrido todavía ocho meses desde su ascensión al trono, cuando falleció también Olibrio y Glicerio fue proclamado César en Ravena, más por usurpación que por elección. Cuando no había pasado un año de esto, Nepote, hijo de una hermana del antiguo patricio Marcelino, lo depuso de su cargo y lo hizo obispo en el puerto de Roma. 240. Observando Eurico tantos cambios y vicisitudes, ocupó la ciudad de Arvena, como dijimos anteriormente. Estaba entonces al frente de la ciudad el general romano Ecdicio, senador de

la más rancia nobleza e hijo del antiguo emperador Avito, que había ocupado el trono tan sólo durante unos cuantos días (...). De modo que su hijo Ecdicio, después de luchar duramente bastante tiempo contra los visigodos y no lograr imponerse a ellos, abandonó su patria, y sobre todo la ciudad de Arverna, al enemigo y se retiró a lugares más seguros. 241. Al enterarse de esto, el emperador Nepote ordenó a Ecdicio que abandonara las Galias y que se presentara ante él, poniendo en su puesto a Orestes, maestro de la milicia. Este Orestes tomó el mando del ejército y salió de Roma para enfrentarse a los enemigos. Llegó a Ravena, se estableció allí y proclamó emperador a su hijo Augústulo. Al saberlo Nepote, huyó a las Dalmacias y murió allí privado de su reino, precisamente en la misma región en la que el antiguo emperador Glicerio ocupaba el obispado de Salona (pp. 186-189).

CAPITULO XLVI – Odoacro depone a Rómulo Augústulo

242. Pero al poco tiempo de ser nombrado emperador Augústulo en Ravena por su padre Orestes, Odoacro, rey de los torcilingos, que tenía con él a los esciros, los hérulos y a otras tropas auxiliares de distintos pueblos, invadió Italia y tras matar a Orestes expulsó del trono a su hijo Augústulo y lo condenó al exilio en la fortaleza de Lúculo en Campania. De este modo el Imperio romano de Occidente, que comenzó a existir con Octaviano Augusto, el primer emperador, setecientos nueve años después de la fundación de Roma, llegó a su fin con este Augústulo, quinientos veintidós años después de que sus predecesores gobernaran el Imperio. Desde entonces Roma e Italia estuvieron regidas por monarcas godos (p. 190).

Tercera Parte – LOS OSTROGODOS

CAPITULO XLVIII – Los ostrogodos sometidos a los hunos

246. (...) Se sabe que éstos, a la muerte del rey Hermanarico, separados ya de los visigodos, se quedaron en su propia patria sometidos al poder de los hunos, aunque el Amalo Vinitario conservó las insignias de su poder real. 248. Pero después de gobernar con toda libertad durante un período de casi un año, el rey huno Balamber no se lo permitió más. Hizo venir a su presencia a Gesimundo, hijo de Hunimundo el Grande, que permanecía sometido a la autoridad de los hunos en virtud de un juramento de fidelidad, con gran parte de los godos, renovó su pacto con él y dirigió su ejército contra Vinitario. La lucha duró bastante tiempo. En el primer y segundo combate venció Vinitario y nadie es capaz de recordar la carnicería que hizo Vinitario en el ejército de los hunos. 249. Sin embargo, en la tercera batalla, cuando ambos se encontraron frente a frente junto al río Erac, Balamber lanzó por sorpresas una flecha a Vinitario, que lo hirió en la cabeza y lo mató. Entonces se unió en matrimonio con su

nieta Valdamarica y pudo gobernar en paz a todo el pueblo godo, de modo que los godos tuvieron siempre un monarca propio, aunque gobernara bajo la autoridad de los hunos. 250. Vinitario murió al poco tiempo y entonces los gobernó Hunimundo, hijo del antiguo y muy valeroso rey Hermanarico (...). Cuando falleció le sucedió su hijo Turismundo, que estaba en la flor de la juventud. En el segundo año de su reinado condujo su ejército contra los gépidas y, después de obtener sobre ellos una gran victoria, se dice que murió como consecuencia de una caída de su caballo. 251. Cuando falleció, fue tan llorado por los ostrogodos que por espacio de cuarenta años ningún otro rey ocupó su lugar, y su recuerdo se mantuvo imborrable en sus mentes y en sus conversaciones hasta que Valamiro, que era hijo de su primo Vandalario, pudo reparar la pérdida de aquel gran hombre. Y esto fue así porque su hijo Berimundo, como hemos dicho más arriba, despreciando al pueblo ostrogodo por dejarse someter por los hunos, se había dirigido a las tierras de Occidente siguiendo al pueblo visigodo. De él nació Viterico, que tuvo un hijo llamado Eutarico. Éste se casó con Amalasunta, hija de Teodorico (uniendo de este modo la estirpe de los Amalos, que estaba entonces dividida) y engendró a Atalarico y Matesuenta. Pero como Atalarico murió siendo aún un niño, Matesuenta fue llevada a Constantinopla, donde tuvo un hijo póstumo con su segundo marido, un primo del emperador Justiniano llamado Germano, y le puso de nombre también Germano. 252. Pero para seguir el orden con el que comenzamos hemos de volver a la descendencia de Vandalario, que estaba formada por tres vástagos. Pues, en efecto, este Vandalario, sobrino de Hermanarico y primo del mencionado Turismundo, alcanzó la gloria por haber engendrado tres hijos de estirpe amala: Valamiro, Teodomiro y Vidimiro. De éstos subió al trono Valamiro como sucesor de sus padres, cuando todavía los hunos los tenían bajo su dominio junto con los otros pueblos. 253. Estos tres hermanos se tributaban por entonces una cariñosa estima, ya que Teodomiro luchaba admirablemente por defender el trono de su hermano, mientras que Valamiro, por su parte, mandaba que se le colmara de honores y Vidimiro se complacía en estar al servicio de sus hermanos (...). Sin embargo, ejercían su poder, como se ha dicho varias veces, como siervos de la autoridad de Atila, rey de los hunos, y por ello no pudieron negarse a luchar contra sus parientes visigodos, porque lo que manda la voluntad del amo hay que cumplirlo, aunque sea un parricidio. Además, tampoco ningún otro pueblo escita pudo liberarse del dominio de los hunos hasta que le sobrevino la muerte a Atila, una muerte que era deseada por los demás pueblos tanto como por los romanos, y que fue tan despreciable como admirable había sido su vida (pp. 197-200).

CAPITULO XLIX – Muerte y funerales de Atila

254. En el momento de su muerte, Atila, según cuenta el historiador Prisco, acababa de unirse en matrimonio con una joven muy hermosa llamada Ildico, después de haber tenido ya innumerables esposas, como es costumbre entre los de su raza. Durante el banquete de bodas se puso excesivamente contento y, abrumado por la somnolencia que le producía el vino, se fue a la cama y se quedó dormido boca arriba. Entonces la sangre que solía brotarle por la nariz en abundancia no pudo salir por su conducto habitual y, tomando una dirección fatal, se le introdujo por la garganta y lo ahogó. Así fue como este rey, que había conseguido la victoria en tantas batallas, tuvo un final vergonzoso y pereció víctima de su propia borrachera. Al día siguiente, como había transcurrido ya una gran parte de la jornada, los sirvientes reales, sospechando que le había ocurrido alguna desgracia, fuerzan las puertas de su estancia y descubren a Atila muerto a causa del brote de sangre, sin ninguna otra herida, y a su joven esposa llorando a su lado cubierta por un velo. 255. Entonces, según la costumbre de aquel pueblo, se arrancaron parte de sus cabellos y desfiguraron sus horrendos rostros con profundas heridas, para que este eximio guerrero no fuera llorado con lamentos y lágrimas mujeriles, sino con la sangre de sus hombres. (...) 256. (...) Después de colocar su cadáver en medio del campo, en el interior de una tienda de seda, lo exhiben solemnemente para que sea contemplado como un espectáculo, pues los jinetes más selectos del pueblo de los hunos corrían alrededor del lugar en el que estaba colocado el cadáver como en las carreras circenses y narraban sus hazañas (...). 258. Después de haberlo llorado con tales lamentos celebran sobre su tumba un fastuoso banquete que ellos denominan “estrava”, en el que se mezclan alternativamente sentimientos contrarios y unen el regocijo al duelo de los funerales. Por la noche enterraron en secreto el cadáver en tres ataúdes, el primero de oro, el segundo de plata y el tercero de hierro, dando a entender que estos tres metales eran apropiados para un rey tan poderoso; el hierro porque había sometido a tantos pueblos por las armas, y el oro y la plata porque los había recibido como tributo de ambos Imperios. Añaden también las armas tomadas a los enemigos que derrotó y los valiosísimos jaeces y corazas en las que brillaban distintas piedras preciosas, así como varios tipos de adornos que suelen decorar los palacios reales. Además, para proteger tan inmensas riquezas de la curiosidad humana, degollaron a los encargados de realizar este trabajo —execrable paga por sus servicios— y así una muerte fulminante unió a enterradores y enterrado (pp. 201-203).

CAPÍTULO L – Los ostrogodos se liberan del yugo de los hunos

259. Acabados los ritos fúnebres surgió una disputa por el trono entre los sucesores de Atila, como suele suceder cuando se exaltan los ánimos de los jóvenes por la ambición de poder (...). Y es que a menudo es más gravosa para los reinos la abundancia que la escasez de sucesores. Pues los hijos de Atila, que eran casi un pueblo debido a su gran desenfreno sexual, exigían que sus pueblos fueran divididos a partes iguales por sorteo como los pueblos con sus combativos monarcas. 260. Cuando se enteró de esto Ardarico, rey de los gépidas, se indignó de que tantos pueblos fueran reducidos a la condición de despreciables esclavos y se levantó el primero contra los hijos de Atila. Con el éxito de su revuelta borró la vergüenza de la servidumbre a la que había estado sometido e incitó a levantarse no sólo a su pueblo, sino a todos los demás que estaban igualmente oprimidos, porque todo el mundo desea de buen grado conseguir lo que se emprende por el bien de todos. 262. Pues bien, tras muchos y encarnizados enfrentamientos, la victoria favoreció inesperadamente a los gépidas, ya que casi treinta mil combatientes hunos y de otras naciones que les prestaban ayuda perecieron bajo la espada de Ardarico y de sus aliados. En este combate muere Ellac, el hijo mayor de Atila, a quien se decía que su padre estimaba por encima de los demás, hasta el punto de haberlo elegido entre su numerosa y variada prole para sucederlo (...). Por lo que respecta a sus otros hermanos, después de su muerte huyen a las riberas del Mar del Ponto, donde estuvieron asentados al principio los godos, como hemos explicados. 263. (...) Esta hazaña de Ardarico trajo la felicidad a los diferentes pueblos que estaban sometidos como siervos al poder de los hunos en contra de su voluntad (...). Muchos de ellos enviaron sus embajadores al emperador Marciano, fueron recibidos con agrado en el territorio romano y recibieron las tierras que se les repartieron para que se asentaran. Porque los gépidas, reivindicando por la fuerza las tierras de los hunos, se apoderaron como vencedores de todos los territorios de Dacia. Estos hombres esforzados firmaron un pacto amistoso con el Imperio romano y no le pidieron otra cosa que la paz y una contribución anual. El emperador accedió entonces de buen grado a su petición, y este pueblo recibe hasta nuestros días el tributo acostumbrado del emperador romano. 264. Los godos, por su parte, viendo que los gépidas se apropiaban de las tierras de los hunos y que el pueblo huno volvía a sus antiguos asentamientos, prefirieron solicitar unos nuevos territorios al Imperio romano, antes que enfrentarse a otros pueblos e invadir tierras ajenas. De este modo recibieron Panonia (...). 265 (...) Los esciros, los sardagarios y algunos alanos, con su jefe llamado Candac, recibieron Escitia Menor y la Mesia Inferior. De este Candac fue notario Paria, el padre de mi progenitor Alanoviamut, o sea, mi abuelo, mientras Candac vivió. También yo, Jordanes, aunque no era muy docto, trabajé como notario antes de mi conversión para Guntigis, hijo de la hermana de

Candac, a quien también llamaban Baza y era maestro de la milicia, hijo de Andagis, que era, a su vez, hijo de Andela y descendiente de la estirpe de los Amalos (pp. 204-208).

CAPITULO LI – El obispo Ulfila

267. Lo cierto es que existían también otros godos llamados “menores”. Formaban un pueblo muy numeroso que tenía como obispo y también como jefe a Ulfila, de quien se dice que les había enseñado la escritura. Hoy viven en la región de Nicópolis, en Mesia, al pie del monte Hermo. Son un pueblo numeroso, aunque pobre y pacífico, y no disponen de nada en abundancia, salvo de rebaños de diversos tipos de ganado, pastos y bosques ricos en madera (...). Algunos de ellos no conocen las viñas, ni siquiera que existen en otras partes, y se ven obligados a importar el vino de los lugares vecinos, pues la mayoría se alimenta de leche (p. 209).

CAPITULO LII – Nacimiento e infancia de Teodorico

268. (...) Ocurrió entonces que los hijos de Atila atacaron a los godos (...). Se lanzaron solamente contra Valamiro, sin que se enteraran los otros hermanos. 269. Éste les hizo frente, aunque tenía escasas tropas, y después de acometerlos durante bastante tiempo, les infligió tal derrota que sólo unos pocos de sus enemigos pudieron huir hacia el territorio de Escitia surcado por las aguas del río Danapro (...). Justo en ese momento envió un mensajero a su hermano Teodomiro para darle la buena noticia, pero el mismo día que llegó el mensajero se encontró con una noticia aún más feliz en casa de Teodomiro, pues precisamente ese mismo día acababa de nacer su hijo Teodorico, que aunque fuera hijo de una concubina llamada Erelieva, era, sin embargo, un niño en el que se habían depositado grandes esperanzas. 270. Así que, no mucho tiempo después, como se retrasaban en llegar las contribuciones del emperador Marciano, que recibían como garantía para el mantenimiento del tratado de paz, el rey Valamiro junto con sus hermanos Teodomiro y Vidimiro, envían una embajada al emperador y se enteran de que Teodorico, el hijo de Triario (...) recibía sus contribuciones anuales y de que vivía prósperamente con su pueblo, disfrutando de la amistad de los romanos mientras que ellos recibían sólo su menosprecio. 271. Los invade de inmediato la furia y toman las armas, arrasando casi todo el Ilírico y sometiéndolo al pillaje. Pero al instante el emperador cambia de parecer y, tornando a su antigua amistad, les envía una legación para entregarles tanto los tributos prometidos en el pasado como los actuales, y se compromete a seguir entregándoselos en el futuro sin ningún inconveniente. Recibió a cambio, como garantía de la paz, al pequeño Teodorico, el hijo de

Teodomiro del que hablamos antes. Éste había superado ya los siete años y acababa de cumplir los ocho. Como su padre dudaba entregarlo, su hijo Valamiro le suplicó que lo hiciera, sólo para que siguiera existiendo una paz sólida entre romanos y godos. Así que Teodorico es entregado como rehén por los godos y es llevado a la ciudad de Constantinopla ante el emperador León, y como era un niño agradable se ganó el favor imperial (pp. 210-211).

CAPITULO LV – Regreso de Teodorico y lucha contra los sármatas

280. Después de algún tiempo, arreció el frío invernal y se helaron las aguas del río Danubio (...). Así que cuando el rey godo Teodomiro comprobó que se había helado, condujo a su infantería a través del Danubio y se presentó por sorpresa a espaldas de los suevos (...). 281. (...) y allí venció, destruyó y casi logró someter tanto al pueblo de los suevos como al de los alamanes que estaban aliados con ellos. Desde allí volvió triunfante a sus propias tierras de las Panonias y recibió con júbilo a su hijo Teodorico, que había entregado como rehén a Constantinopla y que había sido devuelto ya por el emperador León con grandes regalos. 282. Este Teodorico había dejado ya atrás su infancia y había entrado en la juventud, pues acababa de cumplir los dieciocho años. Convocó a algunos de los hombres de confianza de su padre y los unió a otros clientes suyos y gentes del pueblo que lo apreciaban mucho hasta juntar casi seis mil hombres. Sin que lo supiera su padre, cruzó con ellos el Danubio y se dispuso a atacar al rey sármatas Babai, que reinaba entonces henchido de orgullo por su victoria sobre el general romano Camundo. Teodorico cayó sobre él, lo mató, tomó como botín de guerra a su familia y sus bienes, y volvió victorioso al lado de su padre. Después conquistó la ciudad de Singiduno, que habían invadido los sármatas, y no se la devolvió a los romanos, sino que la colocó bajo su propia autoridad (pp. 217-218).

CAPITULO LVI – Conquistas de los ostrogodos en las Galias y Macedonia

283. Más tarde escasearon los botines procedentes de los pueblos vecinos y a los godos comenzaron a faltarles alimentos y vestidos, de modo que a estos hombres, a los que las guerras les habían suministrado sus medios de vida durante tanto tiempo, la paz comenzó a resultarles perjudicial. Así que se presentan todos los godos vociferando ante su rey Teodomiro y le ruegan que se dirija con su gran ejército a la región que quiera. Éste hizo venir a su hermano y, después de echarlo a suerte, le aconsejó que se dirigiera a Italia, donde entonces reinaba el emperador Glicerio, mientras que él, que contaba con unos efectivos superiores, se dirigiría al Imperio de Oriente. Y así lo hicieron. 285. Por lo que respecta a su

hermano mayor Teodomiro, atravesó con los suyos el río Savo y amenazó a los soldados sármatas con declararles la guerra si alguno de ellos intentaba oponerles resistencia. (...). 288. Poco tiempo después el rey Teodomiro contrajo una enfermedad mortal en la ciudad de Cirro, convocó a los godos y designó heredero del reino a su hijo Teodorico poco antes de abandonar los asuntos de este mundo (pp. 219-221).

CAPITULO LVII – Teodorico vence a Odoacro y se proclama rey de Italia

289. El emperador Zenón recibió con alegría la noticia de que Teodorico había sido proclamado rey por su pueblo y le hizo llegar una misiva en la que le ordenaba que viniera a la Capital, donde lo recibió con los honores debidos y lo colocó entre los próceres de la corte (...). 290. Pero en esto Teodorico, que estaba ligado al emperador por un tratado, se enteró de que, mientras él goza en Constantinopla de todo tipo de comodidades, su pueblo, que estaba asentado en el Ilírico, como hemos dicho, no estaba pasando por una buena situación y arrastraba todo tipo de penalidades. Entonces prefirió, según la costumbre de su raza, buscar su propio sustento con esfuerzo antes que seguir disfrutando ociosamente de los bienes del Imperio romano, mientras que su pueblo sufría privaciones. Por ello, después de meditarlo mucho, se dirigió al emperador en estos términos: (...). 291. (...) “La región de Hesperia, que durante tanto tiempo estuvo bajo la autoridad de vuestros predecesores en los siglos pasados, y aquella ciudad que fue capital y señora del mundo, ¿por qué sufre ahora la tiranía de los torcilingos y de los rugos? Envíame con mi pueblo, si lo consideras oportuno, para que no tengas que correr aquí con el peso de los gastos que te ocasiono, y si logro vencer allí, con la ayuda del Señor, brillará por todas partes la fama de vuestra benevolencia. Pues es sin duda más conveniente que si consigo vencer yo, que soy vuestro siervo y vuestro hijo, me concedáis ese reino y que yo lo gobierne, antes que uno que no conocéis oprima a vuestro Senado con su yugo tiránico y someta a una parte de vuestro Imperio a una servidumbre de esclavos. Pues si venzo yo seré su dueño porque vos me lo habréis concedido como regalo, y si fuera vencido nada perderéis; es más, os ahorraréis los gastos de mi estancia, como ya os he dicho”. 292. Una vez que lo hubo escuchado, aunque le dolía su marcha, le concedió lo que pedía por no contrariarlo, lo colmó de regalos y le permitió partir con una recomendación para el Senado y el pueblo de Roma. Así pues, Teodorico, después de abandonar la capital imperial y de volver junto a los suyos, se dirigió hacia Hesperia con todo el pueblo godo, que concedió asentimiento unánime a sus planes. Subió en línea recta por Sirmio hasta la vecina Panonia y desde allí entró en el territorio del Véneto, acampando junto al puente llamado de Santio. 293. Mientras estaba allí (...) Odoacro envió su ejército contra él. Teodorico salió a su encuentro en los campos de Verona y lo destruyó en una gran matanza.

Levantó luego su campamento, entró en el territorio italiano con mayor osadía y después de atravesar el río Po, acampó junto a la ciudad real de Ravena (...). Cuando lo ve Odoacro, se atrinchera en el interior de la ciudad y desde allí acosa al ejército godo con frecuentes salidas por sorpresa durante la noche (...). 294. Pero sus esfuerzos eran en vano, porque toda Italia reconocía como señor a Teodorico y todo aquel Estado obedecía a su voluntad. Tan sólo él, con unos pocos adláteres y algunos romanos que lo acompañaban, sufría a diario refugiado en Ravena por causa del hambre y de la guerra. Y como vio que no conseguía nada envió una embajada pidiendo perdón. 295. Teodorico se lo concedió en un primer momento, pero después le quitó la vida. Y así fue como al tercer año de su entrada en Italia con el consentimiento del emperador Zenón, Teodorico se quitó la vestimenta de hombre particular y miembro del pueblo y recibió el ilustre manto real que lo acreditaba como rey de godos y romanos. Entonces envió una legación a Lodoino, rey de los francos, en la que le pidió a su hija Audefleda en matrimonio. 296. Lodoino se la concedió gustoso y de muy buen grado, pensando que con esta alianza sus hijos Childeberto, Heldeberto y Teodeberto se convertirían en aliados de los godos mediante la firma de un tratado. Pero este enlace no supuso la concordia ni la paz, porque en muchísimas ocasiones lucharon entre ellos con saña por las tierras de los galos y nunca los godos retrocedieron ante los francos en vida de Teodorico (pp. 222-225).

CAPITULO LVIII – Política exterior de Teodorico

297. Pero antes de tener descendencia con Audefleda, tuvo dos hijas naturales con una concubina que nacieron cuando aún estaba en Mesia. Una de ellas se llamaba Teudigora y la otra Ostrogota. Tan pronto como llegó a Italia las unió en matrimonio con los reyes vecinos, una con el visigodo. Alarico y la otra con el burgundio Segismundo. 298. De Alarico nació Amalarico, que tuvo, pues, como abuelo a Teodorico, y como se quedó de muy niño huérfano de padre y madre, lo cuidó lo tomó bajo su protección. Se enteró también de que Eutarico, el hijo de Viterico y nieto de Berimundo y Turismundo, descendiente de la estirpe de los Amalos, estaba viviendo en Hispania y que era un joven que destacaba por su valor e inteligencia así como por su fortaleza física. 299. Lo hace venir a su presencia y lo une en matrimonio con su hija Amalasunta. Y para que su descendencia se dilatara lo máximo posible, manda a su hermana Amalafrida, madre de Teodado el que después fue rey, a Afrecha como esposa del rey vándalo Trasamundo, y a la hija de ésta, su nieta Amalaberga, la casa con Herminefredo, rey de los turingios. 302. (...) Luego, después de la muerte de su yerno Alarico, nombró a su ayuda de campo, Teudis, tutor de su nieto Amalarico en el reino de Hispania. Este Amalarico perdió juntamente el reino y la vida en plena juventud,

engañado por las traiciones de los francos. Después Teudis, conquistó de nuevo el reino como tutor que era, y consiguió expulsar de Hispania a los francos con sus pérfidias insidias, de modo que mientras vivió, los visigodos continuaron gobernando. 303. Tras él subió al trono Teodegisclo, que no reinó mucho tiempo, porque fue asesinado por los suyos. Lo sucedió Agila, que continúa reinando ahora. Contra él se sublevó Atanagildo, que llamó en su ayuda a las tropas del Imperio romano y por eso fue enviado allí el patricio Liberio con un ejército. En conclusión, mientras vivió Teodorico no hubo en Occidente ningún pueblo que no estuviese subordinado a él, bien por amistad, bien por sometimiento (pp. 226-228).

CAPITULO LIX – Muerte de Teodorico y reinado de Atalarico

304. Pero como Teodorico había llegado ya a la vejez y se daba cuenta de que dejaría pronto este mundo, convocó a los condes godos y a los más notables de su reino y proclamó rey a Atalarico, que era todavía un niño que no había cumplido los diez años, hijo de su hija Amalasunta y huérfano de su padre Eutarico. Les ordenó, como si se tratara de un testamento pronunciado oralmente, que honraran a su rey, que estimaran al Senado y al pueblo de Roma, y que imploraran, después del divino, el favor y el auxilio del emperador de Oriente. 305. Mientras vivieron el rey Atalarico y su madre guardaron fielmente este precepto, y así reinaron en paz durante casi ocho años (...). Cuando Atalarico se acercaba a la flor de la edad, confió tanto su propia juventud como la viudedad de su madre al emperador de Oriente, pero poco después el desdichado abandonó los asuntos de este mundo sorprendido por una muerte prematura. 306. Entonces su madre, pensando que los godos la despreciarían por la fragilidad de su sexo, hizo venir a su primo Teodado de Toscana, donde vivía como un particular en sus propias tierras, y lo colocó en el trono en virtud del parentesco que los unía. Pero éste, olvidándose de sus vínculos de sangre, la sacó al poco tiempo del palacio de Ravena y la desterró a una isla del lago Bolsena, donde a los pocos días de vivir sumida en la tristeza fue estrangulada en los baños por la guardia de Teodado (pp. 229-230).

CAPITULO LX – Justiniano emperador: conquistas de Belisario en Italia

307. Cuando se enteró de esto, Justiniano se conmovió profundamente y consideró como una afrenta personal la muerte de sus protegidos. Precisamente por esta época había conseguido una gran victoria sobre los vándalos en África, gracias a la eficaz intervención de su muy leal patricio Belisario, y mandó a este mismo general que atacara sin dilación a los godos, cuando todavía sus armas estaban empapadas de la sangre de los vándalos. 308. Este clarividente

general consideró que no podría someter al pueblo de los getas si no conquistaba primero Sicilia, que era la que les suministraba los alimentos. Y así lo hizo: entró en la isla por Trinacria y pronto los godos que residían en Siracusa, viendo que no podían oponerle resistencia, se entregaron voluntariamente a Belisario con su caudillo Sinderico. Así pues, cuando Teodado supo que el general romano había invadido Sicilia envió a su yerno Evermundo para que protegiera el estrecho situado entre Campania y Sicilia (...). 309. Cuando Evermundo se aproximó a la ciudad de Regio, estableció allí su campamento y, al comprobar que los suyos llevaban todas las de perder, se pasó sin tardanza al bando del vencedor (...). Al saberlo, el ejército godo denuncia a gritos la complicidad de Teodado y considera que debe expulsarlo del trono y proclamar rey al general Vitigis, que era su ayuda de campo. Y así lo hicieron. 310. Vitigis es proclamado rey inmediatamente en los Campos bárbaros y entra en Roma. Manda a unos pocos hombres leales que vayan antes que él a Ravena y asesinen a Teodado, y éstos cumplen sus órdenes (...). 311. Entretanto el ejército romano atravesó el estrecho, llegó a Campania y después de conquistar Nápoles, entró en Roma, de donde había salido pocos días antes Vitigis para dirigirse a Ravena y casarse con Matesuenta, hija de Amalasunta y nieta del difunto rey Teodorico. Y mientras estaba con su corte real en Ravena disfrutando de su reciente matrimonio, el ejército imperial, que había salido de Roma, ocupa las plazas fuertes de las dos Toscanas. 312. Cuando unos mensajeros informaron de esto a Vitigis, envió a Perugia un ejército bien pertrechado al mando de Hunila. Mientras tratan de derrotar con un largo asedio al conde Magno, que permanecía allí con un pequeño ejército, se presentan las tropas romanas y son totalmente vencidos y aniquilados. Al saberlo Vitigis, cual león enfurecido, reúne todo el ejército godo, sale de Ravena y somete las murallas romanas a un prolongado asedio. Pero su audacia resulta inútil, porque después de catorce meses tiene que abandonar el asedio de la ciudad y prepararse para atacar Rímini, desde donde después de fracasar del mismo modo se ve obligado a huir de nuevo y refugiarse en Ravena. Allí fue cercado y tuvo que rendirse voluntariamente al vencedor poco después con su esposa Matesuenta y sus riquezas reales. 313 (...) Vitigis fue llevado a Constantinopla y se le concedió la dignidad de patricio. Allí permaneció más de dos años gozando del afecto del emperador y luego abandonó los asuntos de este mundo. 314. Su esposa Matesuenta, por su parte, se casó con el patricio Germano, primo del emperador, y tuvieron un hijo llamado también Germano, que nació después de la muerte de su padre. En este niño se unieron las estirpes de los Anicios y de los Amalos y, con la ayuda del Señor, constituye la esperanza de ambas familias. 315. Hasta aquí nuestro relato sobre los orígenes de los getas, la nobleza de los Amalos y las hazañas de estos hombres valerosos. Esta raza tan encomiable se sometió a un príncipe más digno, si cabe, de

alabanza, y a un valiente general, cuya gloria no será silenciada por los siglos ni las edades futuras, sino que tanto el emperador Justiniano como su cónsul Belisario recibirán los títulos de vencedores de los vándalos, los africanos y los getas. 316. Has de saber, tú que estás leyendo esta obra, que yo me he limitado a seguir los escritos de los Antiguos y a recoger unas pocas florecillas de sus vastas praderas para trenzar con ellas, en la medida de mis posibilidades, una corona para el que quiera informarse. He referido tan sólo lo que he leído y escuchado, y que nadie piense que, puesto que yo procedo también de este pueblo del que he tratado, he añadido nada a favor de él. Además, no he recogido en mi exposición todo lo que se ha escrito y o narrado de ellos para su propia gloria, sino sobre todo para la de aquel que los venció (pp. 231-234).